



ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 154 Diciembre 2025

Educación en el siglo XXI

La revolución copernicana: ¿desde cuándo sabemos que la Tierra se mueve?

Filosofía: un nuevo uso de una vieja tradición

Alma Mahler: desconocida e inspiradora

Las semillas y la flecha: una historia del lenguaje

El otoño de Vivaldi: ¿una alegoría musical?

SUMARIO

4



EDUCACIÓN en el siglo XXI

14



LA REVOLUCIÓN COPERNICANA

¿desde cuándo sabemos que la Tierra se mueve?

22



FILOSOFÍA:

**un nuevo uso
de una vieja tradición**

ALMA MAHLER,

desconocida e inspiradora

34



Revista digital n.º 154 Diciembre 2025

www.revistaesfinge.com

ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

M.^a Dolores F.-Fígares, subdirectora

Fátima Gordillo, coordinadora

Miguel Ángel Padilla, mesa editorial

Elena Sabidó, redacción y archivo

Juan Carlos del Río, *webmaster*

Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos

Esmeralda Merino, estilo y corrección

Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.



Las semillas y la flecha: una historia sobre el LENGUAJE

40



44

El otoño de VIVALDI, ¿una alegoría musical?





El desafío de la enseñanza y la educación

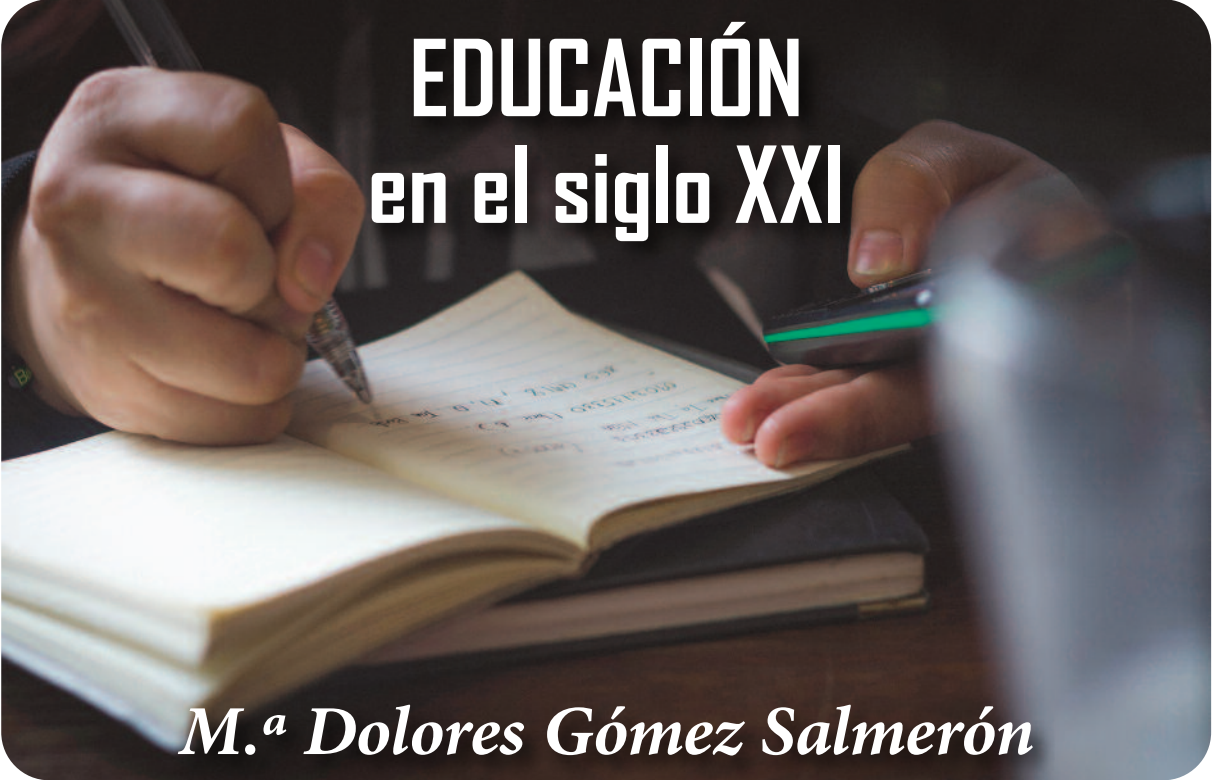
Si hay una actividad indispensable que requiere los mejores cuidados, es la de la educación. Con frecuencia, cuando analizamos las cosas que suceden en nuestras sociedades, solemos llegar a la conclusión de que una buena educación para todos requiere en primer lugar muchos más recursos y, además, que nuestras autoridades tengan claridad sobre las finalidades.

Es necesario, en general, que haya consenso entre los diferentes político, sobre la necesidad de cuidar los métodos más efectivos para preparar no solo a los jóvenes, sino también a los adultos y mayores, pues, como ya nos avisó Platón en varios de sus diálogos, aprender es una necesidad que cubre toda la vida.

Una de nuestras colaboradoras nos ha regalado un análisis muy claro y completo sobre los temas relacionados con los que nos encontramos en la actualidad. Y lo ha hecho de la mejor manera, es decir, desde una perspectiva filosófica, a la manera de las escuelas del mundo clásico, manteniendo los criterios generales y adaptándolos a las situaciones que nos deparan las sociedades actuales.

No nos cansaremos de buscar nuevos horizontes para la educación.

El Equipo de Esfinge

A close-up photograph of a person's hands. The left hand holds a pen and is writing on an open notebook. The right hand holds a smartphone, which is lit up. The notebook has some text written on it, including the words 'educación' and 'siglo XXI'. The background is dark and out of focus.

EDUCACIÓN en el siglo XXI

M.^a Dolores Gómez Salmerón

Desde hace algún tiempo, hablar de educación está de moda, constituye uno de los temas ordinarios de debate, y la pregunta sobre qué es y cómo debe ser la educación se ha instalado en nuestra sociedad.

Por otra parte, en los medios de comunicación aparecen constantemente opiniones sobre este asunto, que no han hecho más que crear una sensación de desorden que se mantiene hasta el momento.

Todo esto ha provocado una serie de cambios legislativos que, incluso a veces, son contradictorios. Tampoco las recetas que intentan dar soluciones a este problema coinciden, atribuyendo los malos resultados, unos a la calidad del profesorado, a la falta de dinero y de medios, y otros a la indolencia de los propios jóvenes, a la falta de responsabilidad de los padres e incluso a la familia, y por último, al fracaso de las leyes con las que se pretende enderezar el asunto.

Sin embargo, si profundizamos un poco en la utilización del término *educación*, nos damos cuenta de que se suele identificar con esa parte intelectual tan importante en el ser humano que es la mente, la razón; pero, evidentemente, sin restarle la importancia que esta tiene, no se puede olvidar que el hombre es mucho más que mente.

Aunque no hablemos de lo que pudiera ser su parte espiritual, y refiriéndonos solamente al hombre en su parte más material, hoy se reconoce que el hombre tiene también una psique, es decir, sentimientos, sensaciones, etc., y una vitalidad que, unida a la mente, conformaría al hombre tal y como lo vemos.

Por ello hoy se habla tanto de educación integral, que desarrolle valores personales de cada individuo, que le ayude a vivir mejor en una sociedad tan complicada como la actual; esa educación integral se refiere a educar cada una de las partes que hemos mencionado y que conforman el hombre.

¿Cultura o educación?

Pero ¿qué es educar?

Es difícil definir lo que es educación, ya que en cada momento histórico hay distintas corrientes que destacan aspectos diferentes, pero vamos a ceñirnos a un concepto clásico: educación es la ciencia que trata de la capacidad que tiene el ser humano de educir una serie de elementos que le permiten ponerse en relación con la cultura y transmitirla.

Los hombres tenemos, pues, una cultura que nos une, independientemente de que cada uno de nosotros tengamos nuestra forma de sentir, nuestra forma de pensar, nuestra forma de vivir; y esa cultura que nos une es lo que nos permite hablar de ciencia, de arte, de literatura, etc., es decir, que los hombres, por la parte genética, solo heredan una serie de capacidades instintivas, pero hace falta el aprendizaje, o sea, la transmisión de la cultura, porque es esta la que nos permite escribir, leer, entendernos, crear obras de arte, ejecutar proyectos sociales, políticos, económicos, etc. De ahí que la cultura sea fundamental, pero ¿cómo podemos entender el proceso cultural sin entender previamente el proceso educacional?

No podemos entender la educación como una mera transmisión de nuestros propios puntos de vista, nuestras propias aceptaciones, nuestras propias limitaciones, pues siendo así la humanidad jamás podría progresar, porque generaciones anteriores no podrían transmitir más que lo que tienen a las generaciones nuevas.

Existe entonces un fenómeno esencial, y es que educación no es solamente la transmisión de los elementos de cultura de una generación a otra, sino un cierto ámbito psicológico y mental de tipo espiritual y físico, que permite a cada hombre recrear y recrear en sí todo el proceso de la humanidad, aportando su propio matiz y su propia fuerza. De ahí que los antiguos dijeran que educar es educir, o sea, enseñar a extraer lo que el hombre tiene dentro.

Enmarcado dentro de esta concepción, que la sociedad actual no tiene del todo claro, pero que intuye como la única vía de evolución tanto a nivel individual como social, debemos ubicar el tema tan actual de la educación en valores.

Educación en valores

Los primeros párrafos de la LOGSE están dedicados a los principios que tienen que ver con la educación en valores: «El objetivo primero y fundamental de la educación es el de proporcionar a los niños y las niñas, a los jóvenes de uno y otro sexo, una formación plena que les permita conformar su propia y esencial identidad, así como construir una concepción de la realidad que integre a la vez el conocimiento y la valoración ética y moral de la misma... para ejercer, de manera crítica y en una sociedad axiológicamente plural, la libertad, la tolerancia y la solidaridad. En la educación se transmiten y ejercitan los valores que hacen posible la vida en sociedad. La educación permite, en fin, avanzar en la lucha contra la discriminación y la desigualdad, sea esta por razón de nacimiento, raza, sexo, religión u opinión, tenga un origen familiar o social, se arrastre tradicionalmente o aparezca continuamente con la dinámica de la sociedad».

Pero ¿qué entiende la sociedad actual por valores?, ¿cómo se aprenden?, ¿quién los transmite?

Según Guy Rocher, en su introducción a la *Sociología general*, «un valor es una manera de ser o de obrar que una persona o una colectividad juzgan ideales y que se hacen deseables o estimables a los seres, o las conductas a las que se atribuye dicho valor».

El valor es, por lo tanto, un ideal, es una cualidad que se expresa a través de la conducta de alguien, y que es deseable para la mayoría porque se aproxima al tipo humano ideal.

Según las últimas publicaciones y trabajos, se considera imprescindible educar en valores porque estos son los que inspiran las conductas de las personas y se transmiten de manera dinámica a través de los modelos.

La sociología actual defiende que los valores no nacen de forma espontánea ni como consecuencia de la lógica o del pensamiento racional. Son más o menos estables, en función de que estén más o menos arraigados en una sociedad y de que sean más o menos predominantes, creándose una jerarquía a la que se llama jerarquía de valores.

Con respecto a la pregunta de si se aprenden los valores, los sociólogos afirman que es evidente que no se nace con ellos y que no son hereditarios, sino que son el producto de las relaciones humanas, es decir, los valores se aprenden. Pero el aprendizaje de los valores no es el fruto de un proceso didáctico, sino un proceso de evolución y transformación continuo.

Por lo tanto, los valores no son estáticos; por el contrario, son dinámicos y constantemente se van modificando dependiendo de la manera de ser y de actuar.

Los valores se pueden enseñar, y la estrategia para la enseñanza está en el proceso de socialización. Cada generación debe enseñar a la generación siguiente, y esta aprender las normas de conducta de la sociedad en la que va a vivir. Según Piaget, los roles o papeles sociales que el ser recién nacido empieza a percibir en sus padres son el primer instrumento en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Los valores, en fin, están en la mente y en el corazón, en la manera de pensar, de sentir y de actuar de todos los seres humanos, solo hay que buscarlos y transmitirlos.

Desde el punto de vista de la filosofía, el término *valor* posee el mismo significado profundo que *ética* y *moral*.

Para poder entender bien estos conceptos, acudiremos a su origen etimológico y veremos que *ética* viene del griego *ethos*, y *moral* viene del latín *mores*, significando tanto uno como otro ‘costumbres’, en el sentido de normas internas, valores internos y su aplicación práctica. Ética y moral son aquellos valores que el hombre debe desarrollar para poder ascender en su camino de evolución.

Hoy, a pesar del tiempo transcurrido, podemos apreciar que las virtudes de las que hablaban los griegos y los romanos tienen aún vigencia y que los valores de los que hoy se habla tanto, tales como la tolerancia, la solidaridad, la multiculturalidad o los derechos humanos, no son diferentes de aquellas virtudes de generosidad, fraternidad, justicia, etc., que ellos nos transmitieron, porque el hombre se aferra precisamente a lo que no perece, a lo eterno, a lo duradero, y esa es la principal característica de los



valores atemporales: que son capaces de vivir en todas las épocas de la historia. Así que, cuando hablamos de educar en valores, de lo que estamos hablando es de dotar al mundo de una nueva moral, nueva por lo eterna, no nueva por lo cambiante.

Educación para el cambio

Según la filosofía, la historia es, por definición, devenir, movimiento, es decir, cambio. Según el sociólogo Jacques Delors, la educación está estrechamente ligada al devenir histórico, hasta tal punto que es promotora y, a la vez, receptiva de los cambios históricos.

La aceleración de la historia es, probablemente, el fenómeno más significativo del mundo contemporáneo, porque exige una adecuación permanente a las nuevas situaciones que se van presentando en el desarrollo de la humanidad, con una velocidad a veces difícil de alcanzar. Esto ha provocado un cambio en los patrones educativos que ha desembocado en lo que se ha llamado sociedad del conocimiento, una sociedad del saber en la que primará la «persona instruida», es decir, aquella que esté preparada para afrontar los cambios y reciclarse de forma continua.

Desde esta perspectiva y en una sociedad capitalista como la actual, donde todo tiene un valor económico, se considera la educación como una forma de capital; eso sí, el capital de mayor rentabilidad en el mundo del futuro, toda vez que se identifica educación solo con la adquisición de conocimientos para ser eficaces, que es lo mismo que productivos; y esto es así hasta tal punto que hoy se habla de capital humano y capital social en relación con la educación.

El capital humano está integrado por el conjunto de los trabajadores, que requieren básicamente salud y educación para ser eficaces en su actividad profesional; y el capital social es el resultante del desarrollo cultural de la sociedad. Y ya sabemos que no hay

cultura sin educación previa; por lo tanto, se considera la educación como la infraestructura de la cultura.

Así pues, la educación debe ser permanente y debe ajustarse a todas las etapas del desarrollo de la vida del hombre. Se considera así que en los primeros estadios de la enseñanza debe darse menor importancia a la acumulación de conocimientos que a la aptitud del alumno para instruirse y desarrollar su personalidad y facultades.

La educación permanente ya no se circunscribe solo al ámbito de la escuela, sino que abarca a la sociedad en su conjunto: se educa en la familia, en la escuela, en el templo, en la empresa, en los medios de comunicación etc. Esta educación que se mantiene alerta a las nuevas exigencias que la sociedad va a demandar es lo que se conoce como educación para el cambio.

Para que esta educación para el cambio sea posible, Ricardo Díez Hochleiter, en su trabajo «Aprender para el futuro: desafíos y oportunidades», propone el cumplimiento de los cinco preceptos siguientes:

1. Aprender a aprender y a desarrollar una curiosidad y un deseo de aprender insaciables, para enriquecer la vida en todos sus aspectos y no solo en relación con el trabajo.
2. Aprender a anticipar y resolver problemas nuevos, analizarlos de forma sistemática e idear soluciones alternativas.
3. Aprender a localizar información pertinente y transformarla en conocimiento, gracias a experiencias y criterios apropiados.
4. Aprender a relacionar las enseñanzas del sistema educativo con el mundo exterior, incluido el mundo laboral, el de las relaciones humanas, el de la familia y el de la comunidad nacional y del entorno más inmediato.



5. Aprender a pensar de forma interdisciplinaria o integradora, para poder percibir todas las dimensiones de los problemas o situaciones.

Reconocida la importancia y el papel fundamental de la educación, y aceptando que el futuro previsible será de los más capacitados, los planes y las medidas que se adoptan dejan mucho que desear y es que todo lo anterior no es sino una visión sociológica del problema actual, que nos hace olvidar que los hombres no somos «materia prima» que se puede procesar para garantizar su productividad y eficacia.

Olvidamos que el hombre es un individuo con inquietudes muchos más profundas y trascendentes, y que en lo profundo —se manifieste más o menos claramente—, tiene necesidad de descubrir y encontrar su verdadera identidad y su papel en la vida, más allá de dogmatismos políticos, sociales o religiosos.

No podemos seguir alimentando el mito de que el hombre es apenas una realidad biológica, y que la cultura es tan solo la última etapa de un proceso genético, producida al azar, que ha de prepararlo para satisfacer su necesidad de supervivencia física. Ni la técnica ni la tecnología, como veremos más adelante, serán capaces de ayudarle a enfrentar los verdaderos retos del futuro.

Como decíamos al principio, la historia es un devenir y ha demostrado que es a través de la educación como el hombre puede encarar los retos, los cambios que le depara el futuro, tal y como la ha hecho siempre. Por ello no debemos confundir educación con capacitación y tenemos que volver de nuevo a la raíz etimológica del término *educación*, que viene del latín *educire*, ‘sacar de dentro’. Así es como la filosofía lo ha entendido siempre, ya que parte de que el hombre no es un animal racional, sino un *Nous*, espíritu, razón o conciencia, con una psique o alma emocional y un soma o cuerpo biológico; la verdadera educación es un descubrirse a sí mismo, su *Nous* o Ser, es hacer florecer en el hombre sus virtudes: el honor, el valor, la capacidad de investigación, la generosidad, la templanza, la justicia, la bondad y tantas otras que hagan de él un verdadero ciudadano consciente y responsable con su momento histórico.

Por ello, debemos trabajar por una educación humanista y filosófica, porque solo así estaremos capacitados para enfrentar los retos del futuro, solo una educación humanista y filosófica se podría llamar educación para el cambio.

¿Escuelas humanistas o escuelas de filosofía?

Este apartado trata de establecer un paralelismo entre lo que, en este momento histórico, se ha dado en llamar escuelas humanistas y lo que a lo largo de la historia de la humanidad fueron y son las escuelas de filosofía, tanto en la estructura y en el papel que cada uno de sus componentes juega dentro de ella como en los principios por los que se deben regir, e incluso en sus relaciones con el mundo exterior, a fin de cumplir su destino; si bien, al ser un trabajo sobre la educación, hablaremos siempre con el lenguaje propio.

Cuando los sociólogos hablan de las escuelas del futuro, se apoyan en una concepción humanista de las relaciones tanto internas como externas de la institución escolar. Los centros educativos son unos entornos en los que las relaciones entre personas son un factor decisivo para el logro de sus objetivos.



En estas escuelas a las que se ha dado en llamar *escuelas de calidad*, las relaciones entre las personas se fundamentan en los principios de respeto a la dignidad del individuo, de lealtad, de corrección ética y de confianza recíproca.

Está fuera de toda duda que ninguna organización humana es un paraíso, y la escuela, desde luego, no es una excepción. No obstante, las escuelas de calidad se proponen estimular la faceta de compromiso, y lo consiguen depositando confianza en las personas y creando un clima de motivación y de esfuerzo.

Pero la concepción humanista de la escuela no concierne solo a las relaciones entre las personas implicadas, sino también al conocimiento. Nos encontramos, de nuevo, ante la revalorización de los enfoques humanísticos de las enseñanzas.

Además, las escuelas de calidad asumen el desafío que es característico de las organizaciones inteligentes, que son capaces de adaptarse a un entorno cambiante y desarrollar y consolidar esquemas de comprensión y de acción orientados siempre hacia el logro de sus fines.

El comportamiento inteligente de los centros educativos requiere, además, una visión estratégica que mire y oriente sus acciones hacia el futuro. Esta visión inteligente aportará a la escuela una cierta seguridad, un cierto grado de estabilidad como organización, perfectamente compatible con los procesos de cambio.

Para ello, las personas implicadas en estos centros deberán poner en marcha ciertas actitudes:

- * Flexibilidad, lo que conlleva apertura hacia ideas nuevas y una disposición favorable a los cambios.
- * Creatividad, lo que supone la exploración de nuevos caminos, de nuevas iniciativas y de nuevas soluciones.

* Oportunidad, lo que permite incorporar la visión estratégica al funcionamiento de la institución escolar y contribuye de forma efectiva a su adaptación.

La visión estratégica no puede ser puramente intelectual y estática, sino que es, esencialmente, proactiva y dinámica; alimenta el espíritu emprendedor y estimula el desarrollo de actuaciones para mejorar el presente y preparar el futuro.

La estructura de este tipo de escuelas estaría integrada por tres núcleos relacionados entre sí, pero cuyos niveles de implicación y de compromiso serían diferentes. Podríamos representarlos por medio de tres círculos concéntricos:

* Primer círculo: estaría formado por los dirigentes, llámese equipo directivo, que, encabezado por el director, serían los responsables de educar.

Si educar es conducir, uno de los factores más importantes a la hora de educar es la formación de los alumnos en el plano personal. Pero difícilmente el centro educativo podrá transferir a aquellos una impronta ética si no existe un esfuerzo consciente por asumir colectivamente un código de conducta, un patrón de comportamiento coherente, que termine impregnando las actuaciones de los alumnos y favoreciendo su crecimiento.

Dentro de este primer círculo, es imprescindible una estrecha cohesión del equipo humano que lo conforma, pues esta es una manifestación de la creencia en su proyecto educativo, y este, a su vez, es el que sirve de nexo de unión entre el primer y el tercer círculo y los orienta con mayor facilidad hacia los fines de la organización.

* Segundo círculo: estaría formado por los contenidos o enseñanzas del proyecto educativo, un proyecto educativo sólido, capaz de articular una oferta educativa interesante y coherente, que se muestre al exterior como atractiva, tanto en su concepción como en su desarrollo; pero además, ha de trasladar con fuerza al exterior cuál es el compromiso de formación con los alumnos y con las familias.

Finalmente, ha de servir para explicitar cuáles son los valores y los objetivos que caracterizan el centro educativo, de modo que sirva de orientación para los comportamientos individuales y permita percibir con claridad lo que se espera y lo que no se espera de sus miembros.

* Tercer círculo: conformado por los alumnos, que son los verdaderos protagonistas, además de receptores de las enseñanzas de estas escuelas humanistas, y sus familias, que son la realidad cotidiana en las que se desenvuelven y en donde han de poner en práctica lo aprendido.

Resumiendo, las escuelas de calidad del siglo XXI han de ser voluntaria y deliberadamente abiertas; abiertas a la innovación, abiertas al entorno social, abiertas a otros centros educativos y abiertas a otros países, y estar siempre en marcha buscando respuestas inteligentes ante la aparición de nuevas circunstancias.

La educación en un mundo global

Que la educación tiene una incidencia directa en la construcción del futuro resulta indiscutible. Precisamente por esta razón, la globalización plantea hoy a la educación y a la formación nuevos desafíos.



La globalización incide sobre el conjunto de bienes morales o culturales acumulados en las sociedades maduras, que constituye su acervo común; pero, a diferencia del acervo que resulta de un proceso histórico pausado, este nuevo patrimonio cultural globalizado pierde en profundidad lo que gana en extensión, y al basarse en la ley del máximo beneficio material, resulta incapaz de procurar ninguna orientación moral. No contribuye a la reflexión, ni forma al hombre como individuo libre con capacidad de elección; por el contrario, lo entremezcla todo y, bajo la bandera de la solidaridad y la igualdad, desvincula al individuo con lo mejor de su herencia cultural y moral.

Así mismo, la globalización conlleva la revalorización de lo tecnológico. Bajo el señuelo de lo útil, de lo que funciona, de lo que genera resultados inmediatos, las nuevas generaciones corren el riesgo de no reflexionar sobre las causas y obviar las grandes preguntas que son naturales al ser humano y, por tanto, desinteresarse de encontrar respuestas, y eso conlleva perder la capacidad de pensar y de buscar, que son la base misma de la libertad.

La exaltación de lo superficial está propiciando una pérdida de los antecedentes culturales; las características del contexto actual hacen que los jóvenes se autoperciban como producto de lo inmediato, de la influencia de lo coetáneo, que se identifiquen solo con las vivencias propias de su generación, sin el reconocimiento de la deuda cultural con el pasado e inconscientes de sus responsabilidades para con el futuro

Es por ello por lo que la responsabilidad de la educación de transmitir y concienciar a los jóvenes de la importancia del acervo cultural común es ineludible.

La orientación humanística de los conocimientos básicos debe sobrepasar el carácter interno de las propias disciplinas para adentrarse en el terreno más profundo de los valores éticos de conducta.

Precisamente en este tiempo, en el que lo tecnológico lo abarca casi todo, la revalorización de lo humanístico puede ayudar a conciliar la tradición y la modernidad y a crear una sociedad donde hombres y mujeres de todas las creencias, razas y condiciones sociales puedan vivir en un mundo más justo.

Aunque dentro de las finalidades de la educación sean prioritarias las que conciernen al desarrollo personal y moral del individuo, las que lo preparen para el ejercicio de la ciudadanía y para asumir un acervo común de valores y de una tradición cultural que le proporcione la estabilidad necesaria para vivir en un mundo en permanente cambio, no podemos ignorar su indiscutible impacto en el ámbito de lo económico.

La globalización, en su vertiente económica, ha situado el conocimiento y la información entre sus motores y, por ende, el ser humano ha pasado a ocupar el núcleo mismo del fenómeno.

Alan Weber dice textualmente: «Los fundamentos de la nueva economía no residen en la tecnología, en el microchip o en las telecomunicaciones, sino en la mente humana».

La revalorización del papel de la mente humana en el desarrollo económico, su capacidad de generar conocimiento nuevo y de aplicarlo, hacen de la educación y de la formación herramientas incuestionables para adaptarse con éxito a este tiempo histórico lleno de cambios.

En este nuevo orden global que rebasa los límites nacionales, la vieja utopía sobre el poder del conocimiento, que ha acompañado desde sus orígenes a la tradición occidental, sigue conservando su vigencia; la educación mantiene su potencia como instrumento principal para caminar en pos de ese ideal que constituye un mundo mejor, más bello y más justo.

Para finalizar, cito unas palabras del filósofo Sri Ram, sacadas del artículo cuyo título es «Educación teosófica» y con las que sencillamente define, en esencia, lo que debe ser la educación: «Educar a un joven no es dejarlo solo para que aprenda todo como un moderno Robinson Crusoe. La educación ha de ser un proceso para ayudarlo a cubrir rápidamente todas las etapas que ya están superadas en el campo del conocimiento, y capacitarle para avanzar. Cierta medida de tutela y de guía, mientras está creciendo, provee obviamente de un mejor fundamento para que uno prosiga sus propios descubrimientos».

Bibliografía

LIVRAGA, J. Á.: *Magia, religión y ciencia para el tercer milenio*, Tomo II. Ed. Nueva Acrópolis.

NAYA GARMENDIA, L. M.: *El valor de la educación en cultura*. Ed. Xabide.

LÓPEZ RUPÉREZ, F.: *Preparar el futuro: la educación ante los desafíos de la globalización*.

RAMALLO, J. M.: «Educación y cambio, educar en el siglo XXI». Ideasapiens.com

DE LA CRUZ MORENO, N.: «Carta abierta a las familias y profesores», *Revista Ciudad Escolar y Universitaria*.

CALDERÓN ALMENDROS, I. «La atención a la diversidad en los nuevos sistemas educativos». *Revista Digital de Educación*.



LA REVOLUCIÓN COPERNICANA

¿desde cuándo sabemos que la Tierra se mueve?

Isabel Pérez Arellano

La revolución copernicana supone el cambio de una visión geocéntrica del mundo a una visión heliocéntrica y está indisolublemente unida a la revolución científica, lento movimiento del siglo XVII que representa una renovación de todo el saber científico de la época. Contrariamente a lo que se suele pensar, la idea de que la Tierra era redonda estaba escrita en muchos textos griegos antiguos, y era sostenida por Aristóteles, Platón, Pitágoras, Arquímedes, Eratóstenes y Ptolomeo, entre otros. Si exceptuamos a presocráticos como Anaxágoras, Demócrito o Anaxímedes, fue una opinión generalizada en Grecia.

Durante el Renacimiento es cuando se vuelve a despertar un interés por todo ese saber de la Antigüedad y se hace una labor de recopilación de los antiguos textos. Por eso es fácil suponer que el descubrimiento de América por Cristóbal Colón fue debido, en parte, a la difusión de estos conocimientos. Esta conquista va a provocar en los europeos un despertar, ya que, por primera vez, se dan cuenta de que la Biblia no es incuestionable: una de las afirmaciones esenciales, que la Tierra es plana, de repente se viene abajo. Y eso provoca que empiece una investigación real cuestionando dogmas que hasta entonces no habían sido discutidos.

Según las Sagradas Escrituras no solo la Tierra era plana y constituía el centro del mundo, sino que estaba inmóvil. Sobre esta idea no existió un consenso en el mundo clásico. Algunos griegos como Heráclides y pitagóricos como Filolao afirmaban que la Tierra se desplazaba. Muchos otros creían que no. Aristarco de Samos, que vivió en el siglo III a. C., postuló la teoría heliocéntrica tal como la conocemos hoy, que nos ha llegado gracias a los comentarios de Arquímedes y de Plutarco. Aristarco decía que la Tierra se mueve, girando sobre sí misma en una rotación diaria y describiendo una circunferencia alrededor del Sol, mientras el Sol se mantenía inmóvil con relación a las

estrellas. Aristóteles, por el contrario, creía que la Tierra estaba inmóvil «porque un cuerpo que nosotros lancemos al aire verticalmente vuelve a caer en el mismo sitio y no un poco más atrás», argumento que no sería refutado hasta Galileo Galilei.

Si observamos el desplazamiento de Venus, Marte y otros planetas, veremos que recorren la órbita celeste, y en un momento determinado parece que se paran y retroceden, para luego volver a continuar su movimiento. Esto era difícil de compatibilizar con una mecánica celeste concebida como inalterable y perfecta. Así que, poco a poco, se fue gestando una concepción del cosmos que explicase estas observaciones. Hacia el 370 a. C., Eudoxo de Cnido propondrá un sistema de veintisiete esferas móviles cristalinas en donde se encontraban encerrados los planetas, que, al igual que la Tierra, eran inmóviles. Estas esferas, con un centro común, giraban uniformemente unas dentro de otras, siendo la más externa una cúpula estática donde se encontraban las estrellas fijas.

Aristóteles, para mejorar la descripción de los movimientos de los planetas sin renunciar a la idea geocéntrica, añadirá un sistema de veintidós esferas retrógradas, que giraban en dirección inversa, para compensar y anular los movimientos que no eran percibidos. Este sistema era complicado y no explicaba muchas observaciones astronómicas, entre ellas la variación del brillo de algunos astros y la desigualdad de las estaciones. A pesar de ello, tal fue la confianza en la concepción aristotélica —tanto para los cristianos medievales como para los árabes— que el modelo planetario geocéntrico se va a convertir en una doctrina indiscutible. Ptolomeo, en su libro *Composición matemática*, traducido por los árabes como *Almagesto (El gran libro)*, recoge todos los datos astronómicos conocidos, entre ellos el gran legado de los babilonios, y cambia las esferas cristalinas de Aristóteles por un sistema más flexible de círculos, unos que orbitan de forma excéntrica alrededor de la Tierra, llamados *deferentes*, y otros más pequeños que giran sobre un punto imaginario de esa órbita deferente, llamados *epiciclos*. Este astrónomo alejandrino incorpora además los círculos ecuantales, para explicar los cambios en la velocidad de las órbitas de los planetas.

Ptolomeo aceptaba el presupuesto aristotélico de que la esfera de las estrellas fijas realizaba un movimiento diario con el que arrastraba a las demás, lo que explicaba el transcurso de los días y de las noches sin tener que acudir a la rotación terrestre. Es decir, que la Tierra no se movía en absoluto.

Esta teoría de Ptolomeo se va a convertir en un paradigma para la astronomía, permaneciendo inalterable durante 1400 años, hasta la revolucionaria aportación de Nicolás Copérnico.

Copérnico, nacido en 1473, es ya un hombre del Renacimiento. Su visión global proviene de una formación en campos tan diversos como la medicina, el derecho y la astronomía. De origen polaco, fue una persona con una sólida educación, adquirida en las mejores universidades de Europa. Desempeñó tareas administrativas como canónigo en Frauenburgo y fue médico de su tío, el obispo de Warmia, mientras trabajaba en la confección de su modelo matemático. Una de las cosas que hizo Copérnico fue aprender griego y latín para poder leer los textos antiguos en su idioma original, lo que le permitió el acceso a libros que no estaban traducidos. Había estudiado especialmente a los pitagóricos y a Aristarco de Samos, lo cual le permitió tener una mentalidad más

abierta y poder tomar en consideración otras teorías astronómicas. Copérnico se dio cuenta de que el heliocentrismo explicaba la realidad de una manera mucho más fácil que las concepciones de Aristóteles y Ptolomeo, con tan solo aceptar el presupuesto de que la Tierra se mueve.

En su época, hablar del sistema heliocéntrico era una herejía; por tanto, a pesar del apoyo del cardenal Schonberg, que le insta a hacer pública su teoría, no se atreve, si bien escribió un manuscrito que circuló de forma restringida. Sin embargo, durante veinticinco años recogió datos que incorporó en su obra maestra, un libro titulado *De revolutionibus orbium caelestium* (*Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes*), que será publicado póstumamente, en 1543, con una dedicatoria dirigida al papa Pablo III donde le habla de las ventajas de su modelo para desarrollar un calendario más exacto, un tema de gran interés para la Iglesia en ese momento. El editor incluyó por cuenta propia un prólogo donde advertía al lector de que toda esta teoría matemática era hipotética y su finalidad era exclusivamente la de simplificar los cálculos astronómicos, pero que no se correspondía con la realidad, intentando suavizar las revolucionarias ideas que se estaban exponiendo en ese libro, porque en esa época ni los científicos, ni los sacerdotes, ni el pueblo apoyaban todavía esa imagen del mundo.

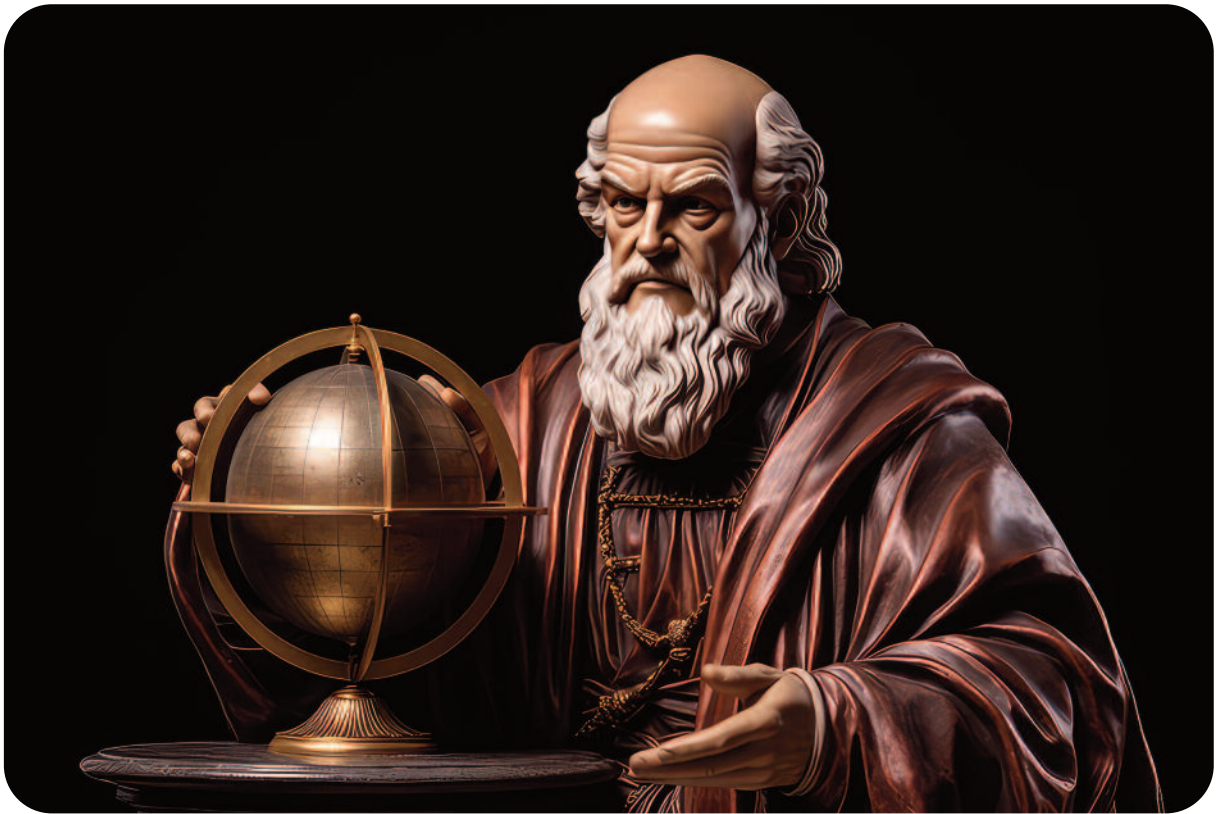
Copérnico propone que la Tierra es solo el centro de la órbita de la Luna, pero que se mueve, al igual que los demás planetas, alrededor del Sol, centro inmóvil del universo, necesitando para ello un periodo de un año. Además, afirmaba que la Tierra tenía un movimiento de rotación diaria y que se inclinaba sobre su eje.

La ventaja de su teoría es que donde Ptolomeo necesitaba aproximadamente ochenta círculos, Copérnico solo utilizaba treinta y cuatro y eliminaba los círculos ecuanes. Sin embargo, como seguía considerando las órbitas celestes circulares en vez de elípticas, sus ecuaciones mantenían el artificio matemático de los epiciclos, y no daban predicciones muy precisas de los movimientos planetarios. No obstante, por primera vez se presentaba una teoría matemática de gran complejidad técnica que suponía una simplificación intelectual.

El trabajo de Copérnico fue duramente atacado por la mayoría de los astrónomos de la época, quienes argumentaban que si la Tierra se moviese tendría que apreciarse un cambio en la posición relativa de las estrellas al cambiar el ángulo de visión del observador, cosa que no sucedía; y por los teólogos, entre ellos, el mismo Lutero, que no dudaban de las afirmaciones de las Sagradas Escrituras.

Giordano Bruno (1548-1600) va a ser el primer defensor de Copérnico, hasta el punto de dar la vida por apoyar esas ideas. En uno de sus libros, llamado *La cena de las cenizas*, explicaba la tesis copernicana y argumentaba el movimiento de la Tierra, yendo incluso más allá que Copérnico, porque este aún admitía la última esfera de Aristóteles, la de las estrellas fijas, mientras que Giordano Bruno dirá que cada una de esas estrellas realmente es un sistema solar, que tiene su propia vida y es como otro mundo. Es decir, que además de este, que es nuestro mundo, existirían infinitos mundos, con otras estrellas como centro, alrededor de las cuales orbitarían otros planetas.

El espacio sería, por tanto, homogéneo y no existirían lugares privilegiados ni direcciones absolutas. Una idea más revolucionaria que la del sistema heliocéntrico si



cabe, y que hasta Newton no encontrará apoyo. El 17 de febrero de 1600 Bruno será quemado en la hoguera por defender estas ideas y otras que le vinculaban con una filosofía de corte neoplatónico.

Y así, entramos de lleno en el Renacimiento con hombres de ciencia tan ilustres como Galileo Galilei. Nacido en Pisa en 1564, Galileo conseguirá una cátedra de matemáticas en la universidad de esta ciudad con tan solo veinticinco años. Desde joven fue muy brillante en física, inventando nuevos aparatos y desarrollando las teorías de Arquímedes. Con veinte años, va a descubrir la ley del péndulo, que dice que el periodo de la oscilación, cuando no se superan determinados grados, es constante. Gracias a esta ley, posteriormente se descubrirá el reloj de péndulo, fundamental para el desarrollo de la ciencia, porque permitió medir el tiempo con mayor precisión.

Galileo va a refutar algunas de las teorías de Aristóteles. Entre ellas, la doctrina de que los cuerpos tienden al reposo si no actúan fuerzas sobre ellos, desarrollando, en vez de eso, la noción de inercia. Dedicará especial atención al estudio del movimiento, creando las ramas de la dinámica y la mecánica. Afirmará también el principio de relatividad del movimiento.

Una de las teorías más conocidas de Aristóteles era que la velocidad de caída de un cuerpo está en relación con su peso, es decir, que si es muy pesado cae más rápido y si es muy ligero cae más despacio. Galileo va a negarlo, diciendo que todos los cuerpos caen a la Tierra con la misma aceleración. Cuenta la leyenda que Galileo tiraba objetos desde la torre de Pisa para comprobar esta aseveración, pero lo cierto es que dejaba caer bolas de distinto tamaños sobre un plano inclinado, observando que todas llegaban al suelo a la vez. Lo que sucedía es que Aristóteles no había tenido en cuenta la resistencia del aire. Si nosotros dejamos caer una pluma y una bola de hierro,

evidentemente no caen igual de rápido, pero es por la resistencia que ejerce el aire. En la Luna sí lo harían.

Alrededor de 1605, Galileo supo de la reciente invención del catalejo y, a partir de ese momento, se dedicará a perfeccionar ese descubrimiento para aplicarlo al estudio del cielo. Sus observaciones de las montañas de la Luna y las manchas solares crearán una gran conmoción, considerándose heréticas, porque tanto el Sol como la Luna —ya lo decía Aristóteles— eran sólidos perfectos, no podían tener imperfecciones. Galileo va a descubrir también las fases de Venus y los satélites de Júpiter, y todas esas observaciones van a estar en discrepancia con la concepción aristotélico-ptolemaica del cosmos, encajando, por el contrario, con la teoría de Copérnico. De manera que escribirá un libro titulado *Siderius Nuncius*, *El mensajero sideral*, publicado en 1610, alabando la teoría heliocéntrica y aportando muchas observaciones astronómicas.

Copérnico, para no tenérselas que ver con la Congregación del Santo Oficio, había postergado la publicación del libro *De revolutionibus* hasta su muerte, a pesar de lo cual fue considerado herético. Bruno, sin ir más lejos, había sido ajusticiado. ¿Por qué entonces se atrevió Galileo a escribir este libro?

En primer lugar, porque las ideas copernicanas ya no eran nuevas, llevaban más de cincuenta años circulando, y empezaban a tomarse en consideración en muchos círculos intelectuales. Además, sus observaciones astronómicas apoyaban dicha teoría. Por otra parte, conocía los desarrollos matemáticos que iba realizando Kepler del sistema heliocéntrico, de manera que científicamente no ofrecía dudas. Por último, Galileo era una persona afamada en su época, con amigos influyentes dentro de la cúpula eclesiástica, y se sentía protegido. En concreto, era amigo personal del que pocos años después sería el papa Urbano VIII, quien le profesaba admiración.



Sin embargo, a pesar de todo, tras publicar el libro, el tribunal de la Inquisición, con el cardenal Bellarmino a la cabeza, lo manda llamar en 1616 y le hace una primera advertencia. Le dirá que no puede enseñar ni difundir las doctrinas heliocéntricas ni la teoría de Copérnico, cuyos textos pasan a estar incluidos en el *Índice de libros prohibidos*. Galileo acata la sentencia, pero, cuando eligen nuevo papa, se anima otra vez a reemprender la defensa de la cosmología copernicana. Para ello conseguirá que Urbano VIII le permita escribir un libro «imparcial» explicando las dos concepciones astronómicas, la geocéntrica y la heliocéntrica, en cuya composición trabajará durante diez años.

El libro se llamó *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo, ptolemaico y copernicano*, pero lo publicó sin que llevase el Imprimatur de la Iglesia, que era la que debía dar el visto bueno. Las cosas no habían cambiado tanto como él creía, así que Galileo fue citado en Roma ante la Inquisición, enfadados con el libro, porque en vez de hacer una exposición neutra, dejaba al sistema geocéntrico en muy mal lugar. Además, Galileo presentó la postura de la Iglesia a través de un personaje llamado Simplicio. Ya solo el nombre permitía entrever que se le habían asignado los argumentos más simples y menos convincentes, lo cual representaba una burla para la propia Iglesia, que se sintió caricaturizada y atacada. Así que Galileo fue juzgado, encontrado culpable y obligado a abjurar de la teoría heliocéntrica. Fue entonces cuando dijo su famosa frase en referencia a la Tierra: «y sin embargo se mueve».

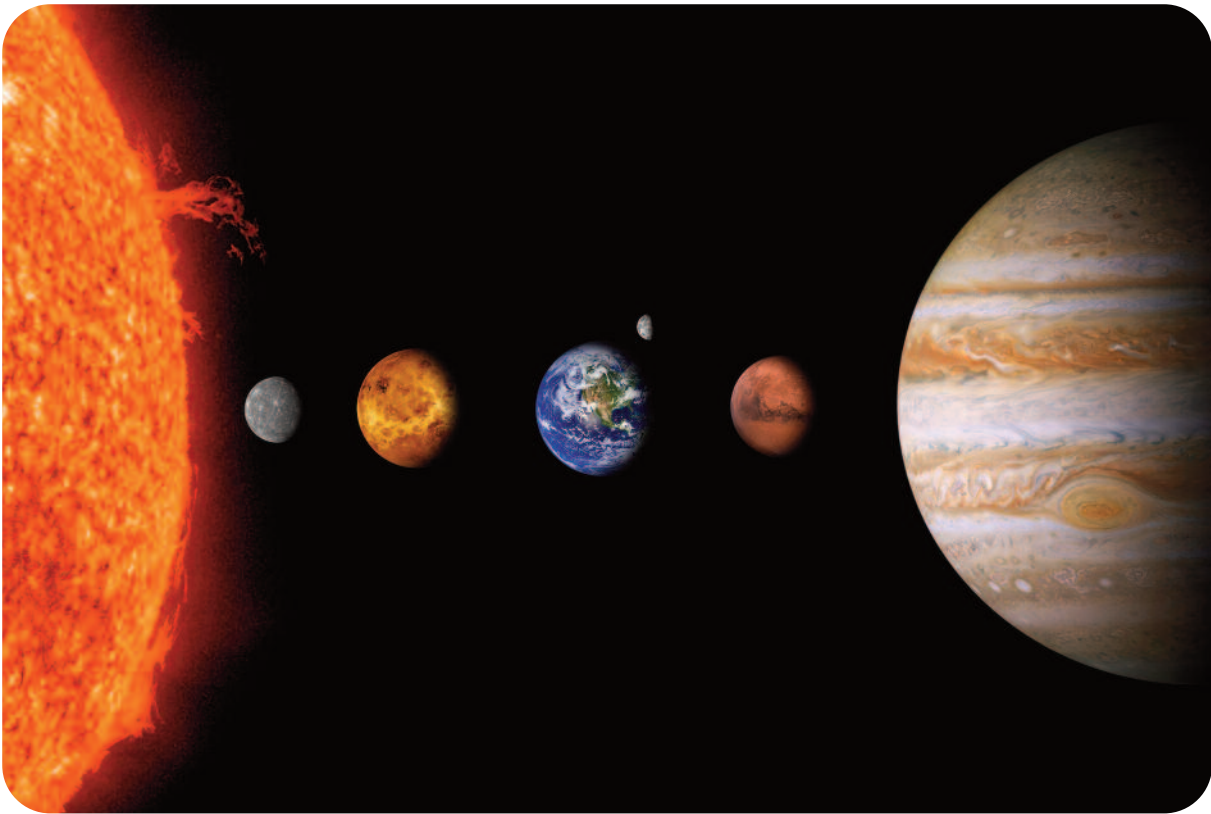
Condenado a prisión, le fue conmutada la pena, dada su avanzada edad, por un arresto domiciliario que duró los últimos diez años de su vida. Galileo Galilei moriría en 1642, el mismo año del nacimiento de otro gigante para la ciencia, Isaac Newton.

Galileo intercambiaba correspondencia con Johannes Kepler (1571-1630), que fue un astrónomo alemán, influido al igual que Copérnico por las ideas pitagóricas, y empeñado en demostrar la autenticidad del sistema heliocéntrico. Fue profesor de matemáticas y astrónomo imperial en la corte de Rodolfo II en Praga, donde afortunadamente coincidió con el hombre adecuado en el momento más oportuno.

Dicho erudito era Tycho Brahe (1546-1601), astrónomo danés que había construido por mediación del rey Federico II de Dinamarca un observatorio cerca de Copenhague, y sin la ayuda de ningún telescopio, con instrumentos fabricados por él mismo, había determinado regularmente a lo largo de muchos años las posiciones de planetas y estrellas con una desviación de un minuto, error diez veces menor que cualquier cálculo previo.

Las mediciones de Brahe le permitieron a Kepler disponer de datos fiables sobre los que establecer las leyes matemáticas. Especialmente las referencias a las posiciones de la trayectoria que describe Marte, que representaba un problema clásico, puesto que parecía seguir un movimiento aleatorio, le permitieron descubrir que las órbitas no eran circulares como se creía, sino elípticas, lo que supuso la confirmación indiscutible de la nueva visión del cosmos.

Es difícil imaginar siquiera la magnitud, la osadía y la lucidez mental que debió de tener Kepler para atreverse a concebir una idea contraria a uno de los presupuestos básicos de la Edad Media, que se fundamentaba en Aristóteles, quien hablaba de un mundo



sublunar, en el que se encuentra la Tierra, y otro supralunar (más allá de la Luna) relativo a los cuerpos celestes, donde no existen más que formas geométricas perfectas (esferas) y movimientos regulares inmutables, es decir, circulares.

Así como hasta la aparición de Einstein nadie se había planteado ni remotamente que el tiempo y el espacio pudieran no ser absolutos, hasta Kepler nadie concebía que los planetas se pudiesen mover de una manera tan «imperfecta», donde el Sol, para mayor decepción, no se encuentra en el centro del sistema solar, sino que está ligeramente desplazado (situado en uno de los focos de la elipse). Por eso cabe destacar el papel que jugó Brahe en este descubrimiento. Hasta entonces, los errores en las mediciones eran tan grandes que era imposible descubrir nada; podía tratarse de órbitas que seguían una trayectoria circular mal medida o bien una que fuese elíptica, o incluso una irregular.

Kepler establecerá las tres leyes matemáticas que llevan su nombre y que rigen todos los movimientos del cielo, recogidas en dos de sus libros, *La nueva astronomía* y *La armonía del mundo*. Estas leyes sirvieron posteriormente de base a Newton para establecer la ley de gravitación universal.

La aceptación del sistema heliocéntrico marca un hito en la historia de Occidente. Con ella se cierra un periodo de oscurantismo que dominó el pensamiento y la ciencia durante la Edad Media. Una vez que Copérnico, Bruno, Galileo, Brahe y Kepler conmocionan el mundo de la física, se suceden continuos cambios, con Descartes, Bacon, Leibniz y Newton entre otros, consolidándose la llamada ciencia moderna. Inicialmente, sigue un desarrollo lento, hasta que a mitad del siglo XIX empieza la verdadera eclosión de descubrimientos y conocimientos a ritmo vertiginoso, que va a continuar hasta nuestros días.

Bibliografía

- ¿Qué es la vida?* Erwin Schrodinger. Tusquet editores, 1944.
- ADN*, James D. Watson. Santillana ediciones, 2003.
- Cuestiones cuánticas*, editado por Ken Wilber, Kairós, 1984.
- El cántico de la cuántica, ¿existe el mundo?* S. Ortoli y J. P. Pharabod. Gedisa editorial, 1984.
- El espíritu del átomo*, P. C. W. Davies and J. R. Brown. Alianza Editorial, 1986.
- El origen del hombre*, Charles Darwin.
- Física fácil*, David Tejero y M.^a Carmen Unturbe. Espasa Calpe, 2004.
- Física para biología, medicina, veterinaria y farmacia*, Miguel Ortuño Ortín. Crítica, 1996.
- Grandes ideas de la ciencia*, Isaac Asimov. Alianza Editorial, 1969.
- Historia básica de la ciencia*, Carlos Javier Alonso. EUNSA, 2001.
- Historia de la biología*, Denis Buican. Acento Editorial, 1994.
- Historia del tiempo*, Stephen Hawking. Editorial Crítica, 1988.
- Historia general de las ciencias* (Tomo I: Las antiguas ciencias del oriente, Tomo II: Las ciencias en el mundo grecorromano). Editorial Orbis, 1971.
- Investigación y ciencia*, Temas 31, Fenómenos cuánticos, 2003.
- Investigación y ciencia*, Temas 43, Fronteras de la física, 2006.
- La cena de las cenizas*, Giordano Bruno. Alianza Editorial, 1987.
- La danza de los maestros*, Gary Zukav. Editorial Argos Vergara, 1979.
- La flecha del tiempo*, Meter Coveney and Roger Highfield. RBA, 1990.
- Mecánica cuántica*, Pau Artús y Ramón Crehuet. Editorial Océano, 2001.
- Nueva guía de las ciencias físicas*, Isaac Asimov. RBA, 1960.
- Por los senderos de la ciencia*, Constantino Armesto. Celeste Ediciones, 1995.





«Cuando no vivimos como pensamos, podemos acabar pensando como vivimos».

En el mundo antiguo, la filosofía tenía un gran impacto en la vida de quienes la cultivaban. El filósofo no era solo aquel que buscaba alcanzar una visión profunda de la realidad, sino el que, además, vivía en armonía con ella, lo que necesariamente iba produciendo una transformación en el ser del filósofo. Esa forma de vida, acorde con el pensamiento y respetuosa con la realidad, permitía alcanzar la más elevada y estable felicidad a la que se puede tener acceso. Los filósofos encarnaban en ellos mismos un modelo de vida e invitaban a los aspirantes a filósofos a adentrarse en un camino de transformación, en una iniciación vital, después de la cual ya no serían los mismos ni verían el mundo del mismo modo. Entendían que solo podía penetrar en el profundo significado de las cosas aquel que había accedido a cierto modo de ser, el que había alcanzado cierto nivel de conciencia.

Aquellos que se decían filósofos, pero cuya vida y modo de ser no se correspondía con lo que propugnaban y que carecían de un compromiso activo con su propia transformación, no recibían el nombre de filósofos, sino el de sofistas. Estos hacían incursiones en el mundo de las ideas y utilizaban la dialéctica para enseñar, pero sus enseñanzas eran estériles, puesto que no les transformaban ni a ellos ni a sus discípulos, ni modificaban las conductas de los que les escuchaban.

Con el correr del tiempo y, sobre todo, a partir de la Edad Media, la filosofía dejó paulatinamente de ser una forma de saber y de vivir, para transformarse en una disciplina teórica y abstracta, ejercitada por un cada vez más reducido número de eruditos y académicos, profesores de una filosofía que no sale de las aulas, y que no modifica ni transforma a aquellos que la enseñan ni a aquellos que la estudian, alejada de la realidad y despreocupada de la falta de conocimiento de uno mismo. La filosofía,

pues, podría ser considerada como el camino hacia la liberación del dolor y una auténtica medicina para el alma.

En los últimos años ha surgido una corriente que, bajo la denominación de Philosophical Counselling o Asesoramiento Filosófico trata de hacer «un nuevo uso de una vieja tradición», rescatando el viejo sentido de la filosofía encaminado hacia una dimensión transformadora y liberadora de la vida. La filosofía así entendida constituiría una auténtica terapia del alma, puesto que liberaría al que a ella se acercara con el propósito sincero de aprender y corregir los errores derivados de la ignorancia, del sufrimiento y el dolor provocados por la percepción.

Asesoramiento filosófico

El filósofo alemán Gerd Achenbach abrió en 1981 una consulta para ofrecer un servicio de asesoramiento a las personas interesadas o que necesitasen resolver sus conflictos «no patológicos», preguntas significativas y retos existenciales desde una perspectiva filosófica. Lo denominó «*philosophical practice*» (práctica filosófica), que debe entenderse como filosofía puesta en práctica, vivida o llevada a la acción.

Este no fue el inicio de una actividad profesional, sino el inicio de todo un movimiento filosófico que se extendió por Alemania, Europa y Norteamérica, con presencia actualmente en los cinco continentes.

La «práctica filosófica» es presentada como una forma de entender la filosofía de la que participan filósofos (licenciados) que, aunque tengan posiciones distintas dentro de la filosofía, compartirían una misma forma de entender la actividad filosófica.

La filosofía debe, según ellos, llegar a ser un método cultivado por filósofos para hacer frente a los problemas del ser humano.

Es una oferta de orientación y asesoramiento alternativa a las psicoterapias, basada en la filosofía práctica. No se plantea como sustituto de la psicología ni de la psiquiatría. Reivindica que muchas dificultades del vivir requieren un tipo de aproximación específicamente existencial y filosófica.

El requisito para poder ser asesor, dentro del marco de la ASEPRAF (Asociación Española para la Práctica y el Asesoramiento Filosóficos), es tener una titulación universitaria en Filosofía y pasar unos cursos destinados a complementar la formación, básicamente teórica, del filósofo con un conocimiento práctico orientado a la ayuda.

Entre las cualidades que debe tener todo buen asesor, destaca el que la filosofía no debe ser solo un discurso sobre la realidad, sino un verdadero estilo de vida; debe encarnar las ideas que supuestamente comprende y enseña, y tener madurez y experiencia vital, ser profundamente respetuoso y tolerante, además de poseer la alegría serena y la ecuanimidad propias de todo buen filósofo.

Promueven la figura del profesional, del asesor filosófico que ofrece una orientación y asesoramiento alternativo a las psicoterapias, dirigido a todos los sectores de la sociedad. Podría tener una función preventiva frente a la confusión y desorientación de la sociedad actual. Han «re-descubierto» (¿...?) las claves que las filosofías de Oriente y Occidente. Han propuesto para el logro de los fines superiores del ser humano: la

capacidad de pensamiento autónomo, crítico y objetivo; la liberación interior fruto de una creciente toma de conciencia; la superación del sufrimiento psicológico; el altruismo; el contacto íntimo (la felicidad interior).

¿Qué es? Asesoramiento, orientación, asistencia, consultoría. Es una nueva actividad profesional aún no homologada, que busca encauzar la voluntad, al parecer compartida por muchos filósofos, de que la filosofía recupere su dimensión práctica y su conexión con la vida cotidiana.

Busca dar apoyo a quienes desean dar una dirección a su vida, enriquecer y ampliar sus perspectivas, aumentar la capacidad de reflexión necesaria para ayudarse a sí mismos y a quienes aspiran a vivir con más conciencia, claridad y profundidad.

Los asesores filosóficos parten del convencimiento de que la raíz de gran parte de los problemas y conflictos vitales no son de naturaleza médica ni psicológica, sino filosófica (metafísica), aunque esta tengan reflejo en lo psicológico o psicosomático.

Carl C. Jung afirmaba que la tercera parte de las personas que trataba no tenían una neurosis clínicamente definible, sino que la causa de su sufrimiento era la falta de sentido y propósito de sus vidas.

Esta actividad se basa en el supuesto de que las principales preguntas y anhelos del ser humano, la búsqueda de la felicidad, el sentido de la propia vida, la libertad y la paz interior, no son competencia de la medicina —ni siquiera de la psicología—, sino de la filosofía. Las grandes preguntas existenciales como *quién soy, hacia dónde voy, qué es lo que quiero*, que durante muchos siglos habrían sido contestadas por la religión, hoy día no encuentran respuestas satisfactorias para un gran número de personas, y la psicología habría reducido estas cuestiones, confundiendo la búsqueda de la felicidad con el deseo de bienestar.



La función del filósofo no sería resolver cuestiones o solucionar problemas, sino favorecer que el asesorado encuentre dentro de sí la forma de hacerlo, no teniendo ni siquiera que coincidir su forma de hacerlo con la del asesor. La idea es que la persona aprenda a vivir de forma más responsable y consecuente.

El eje del asesoramiento filosófico es el diálogo. No es el diálogo que se establecería con un amigo, puesto que el asesor ve los problemas de la persona desde fuera, con cierta perspectiva, puesto que tiene para ello una formación filosófica específica. Este diálogo sería ese «espacio seguro» en el que el «cliente» puede expresarse con total libertad, garantizándosele una total confidencialidad, y con la confianza de que no será catalogado ni juzgado.

Este diálogo está inspirado en la mayéutica socrática, ya que, según Sócrates en el *Teeteto*, la mayéutica tiende a provocar el parto en las almas y no en los cuerpos. El asesor filosófico, inspirándose en la mayéutica, no da respuestas ni transmite una forma de pensar, sino que, a través de las preguntas e indicaciones adecuadas, ayuda al asesorado a autodescubrirse y a aclarar sus propios pensamientos e ideas; le ayuda instruyéndole sobre métodos y teorías filosóficas para que el asesorado pueda aprender y aplicarlos sin la ayuda del filósofo, tratando así de evitar que se cree una dependencia.

Es una nueva forma de ayuda en la que un filósofo se ofrece como asesor para establecer un diálogo libre y abierto que ayude a aclarar las dudas y preguntas concretas, conflictos «no patológicos» y retos vitales que le plantean quienes acuden a él.

El asesorado tiene la oportunidad de reflexionar sobre algún tema concreto o sobre su vida, de aumentar el conocimiento de sí mismo, de tomar conciencia y recapacitar sobre aquellas ideas, visiones del mundo actual, valores, etc., que pudieran estar en el trasfondo de los conflictos o situaciones que plantea.

Asociaciones dedicadas al asesoramiento filosófico

Existen distintas asociaciones en todo el mundo que encauzan las actividades de este movimiento y que realizan estudios e investigaciones para fundamentar y desarrollar esta forma de entender la filosofía. Algunas de las más representativas son:

ASEPRAF (Asociación Española para la Práctica y el Asesoramiento Filosóficos), nace en octubre de 2002, buscando promover el asesoramiento filosófico y la sana reflexión que permita dar un nuevo enfoque a los problemas y situaciones conflictivas que originan gran parte del sufrimiento y la desorientación de muchas personas en su vida cotidiana. Es una asociación miembro de la IGPP (Internationale Gesellschaft für Philosophische Praxis), la Asociación Internacional de Filosofía Práctica, localizada en Bergisch-Gladbach, Alemania, que coordina la cooperación entre las distintas asociaciones nacionales de asesoramiento filosófico repartidas por todo el mundo.

Grupo ETOR (Educación, Tratamiento y Orientación Racional). Utilizan un método de orientación filosófica que trata de dar un nuevo sentido a la vida en conflicto, con el objeto de lograr que la persona se haga cargo de sí misma, pero desde una perspectiva racional, en el plano consciente, y mediante un trabajo propio en el que el orientador irá advirtiéndole los errores que vaya detectando e irá, al mismo tiempo, propiciando en el cliente unos hábitos de reflexión racional que habrán de ayudarle, en el futuro, a ser

autónomo en su actuación y en su toma de decisiones. Se autodenominan orientadores filosóficos y, aunque respetan otras denominaciones, consideran que estas no se ajustan con exactitud a lo que pretenden que sea la orientación filosófica.

MOTIVAT (Centro de Terapias y Asistencia al Terapeuta) es un centro dedicado al desarrollo de actividades, cursos y talleres destinados a mejorar la calidad de vida. MOTIVAT pone al servicio de las personas las herramientas necesarias para cuidar del cuerpo a la vez que equilibrar y positivar la mente. Su meta es ayudar a descubrir esa sabiduría propia que posee cada persona, así como las alternativas para aprovechar al máximo sus energías, capacidades, inteligencia emocional y cognitiva para lograr sus proyectos en la vida. Entre sus actividades cuentan con un taller de asesoramiento filosófico en el que desarrollan una relación de orientación y ayuda dirigida a toda persona que quiera tratar los aspectos problemáticos de su situación vital.

Asesores

Roxana Kreimer, fundadora de la Consultoría Filosófica en Argentina, en su obra *Artes del buen vivir*, destaca algunos pensamientos acerca del sufrimiento. Nos dice que «nadie está a salvo del dolor. Quien teme los dolores teme lo que necesariamente habrá de alcanzarlo, tarde o temprano... El sufrimiento limita nuestras expectativas futuras o las suprime dolorosamente. Se vincula con la pretensión de poseer por completo algo que está sujeto al cambio, que es la forma más general de ser de todos los objetos y fenómenos. Reduce nuestra capacidad de obrar y, en situaciones extremas, se impone con tal fuerza que nos oprime el corazón y nos produce una feroz cerrazón en la garganta».

«Día y noche, femenino y masculino, frío y caliente, placer y dolor. Sufrimos porque hemos gozado. No como castigo por haber gozado. Si hemos de gozar, tendremos que saber que estaremos más expuestos al sufrimiento- Lao-Tzé lo dijo así: Solo reconocemos el mal por comparación con el bien. Hay factores que contribuyen enormemente a agudizar el sufrimiento. Uno de ellos es la sorpresa (un ser querido se nos muere joven, nos echan del trabajo, un amigo nos traiciona...); en estos casos el sufrimiento se agudiza con la consternación, que es el sentimiento que suma la sorpresa al dolor».

Mónica Cavallé, doctora en Filosofía por la Universidad de Madrid, es presidenta de ASEPRAF, y ha escrito numerosos libros, entre los que destacan *La sabiduría recobrada*, o *La filosofía, maestra de vida*. En este último podemos leer: «Los asesores, tanto en su vida personal como en la práctica del asesoramiento, enfatizan la importancia de los “ejercicios filosóficos”, así como del diálogo creativo entre afines, en el que tanto el filósofo como sus interlocutores se transforman por igual, y cuya finalidad no es alumbrar verdades teóricas ni ajustar nuestra vida a las teorías..., sino ayudarnos a ser seres humanos veraces, es decir, verdaderos con respecto a nosotros mismos».

Habla de la mujer y de su búsqueda de identidad y dice: «esta conquista solo culminará para ella cuando trascienda el plano de las necesarias reivindicaciones exteriores, así como del horizonte de autoconocimiento que proporcionan la psicología o la sociología, y se adentre de forma serena en lo que ha sido la meta de la filosofía: el reencuentro con nuestra identidad y libertad esenciales. Solo esta conquista íntima le permitirá



recobrar su poder creador y encontrarse a sí misma más allá de la sumisión y de la rebelión (...). La filosofía, para recuperar su sentido originario, necesita feminidad. La mujer, para recobrar a sí misma, filosofía».

En otro lugar, hablando del asesoramiento filosófico dice: «El asesoramiento filosófico cumple la función señalada en la medida en que retoma una tradición milenaria, la de los grandes “maestros de vida”, en los que se inspira y apoya (...). Denuncia el error que supone dejar de lado este legado atemporal de sabiduría para pretender innovar permanentemente en todo lo relativo a la consecución de los fines de la vida humana. No necesitamos reinventar, en el corto espacio de una vida, lo que ya ha sido descubierto por las mentes y los corazones más preclaros de la humanidad».

Lou Marinoff, en *Más Platón y menos Prozac*, afirma que «la terapia, como el asesoramiento, es ante todo un arte, presenta demasiados elementos subjetivos como para ubicarla en el reino objetivo del laboratorio científico». De hecho, la psicología terapéutica o incluso la psiquiatría, tuvieron que abrirse tortuoso paso entre las objeciones de los psicólogos «puros» y de una sociedad acostumbrada a tener asesores espirituales, educadores o moralistas, normalmente clérigos, capaces de cubrir con mayor o menor eficacia dicha función.

Las escuelas de filosofía

Las distintas escuelas de filosofía en la Antigüedad, más que un sistema de pensamiento, ofrecían sobre todo un sistema de vida, una manera de ser y de practicar la filosofía, y esto es lo que generaba el discurso filosófico. La filosofía se practicaba en grupo, en el seno de una escuela y cada escuela ofrecía una metodología para que el aspirante a la sabiduría, el filósofo, llegara a la cumbre de su realización.

En las escuelas se proponían distintos ejercicios filosóficos, que podían ser de orden físico, como el régimen alimenticio, o discursivos, como el diálogo, la meditación, etc. Todos ellos ejercían una transformación en el aspirante. Y en todas ellas se trataba de vivir de acuerdo con lo que se postulaba.

Sócrates

El método filosófico de Sócrates consistía no en transmitir un saber directamente, sino en llevar a sus interlocutores a examinarse, a tomar conciencia de sí mismos. El verdadero problema no es saber esto o aquello, sino ser de tal o cual manera. Filosofar es cuestionarse a sí mismo. El saber no es una teoría, sino un saber vivir.

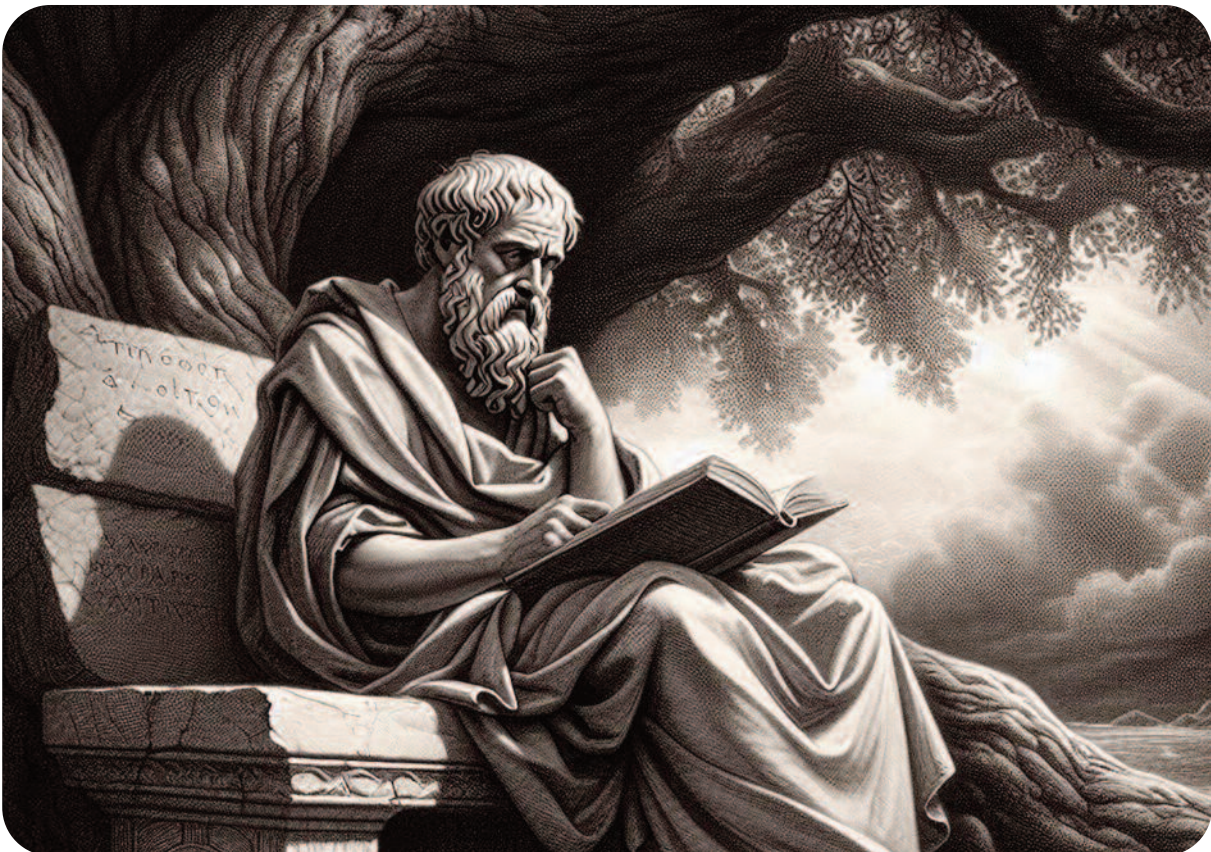
Platón

La filosofía está concebida para llevarse a cabo en una comunidad, y el diálogo, entre maestros y discípulos en el seno de una escuela. «El camino es largo a través de los preceptos, breve y eficaz a través de los ejemplos».

La dialéctica era una técnica de discusión sometida a reglas precisas. Es un ejercicio espiritual que exige de los interlocutores una ascesis, una transformación de ellos mismos.

Como en toda filosofía antigua, la filosofía consiste en el movimiento por medio del cual el individuo se trasciende en algo que lo supera, en el discurso que implica una exigencia de racionalidad y de universalidad.

En la Academia, la filosofía educaba el carácter, favorecía el desarrollo armonioso de la personalidad.



Aristóteles, el Liceo

La praxis teórica consiste en elegir como fin el conocimiento por sí mismo, sin desear otro interés particular y egoísta, que sería ajeno al conocimiento.

Cinismo: Diógenes

El estilo de vida cínico consistirá en un entrenamiento casi atlético pero razonado para soportar el hambre, la sed, para adquirir la libertad, la independencia, la fuerza interior, la ausencia de preocupaciones, la tranquilidad del alma. Diógenes se considera con la misión de hacer reflexionar a los hombres, denunciar con mordaces ataques, con su modo de vida, los vicios y los errores.

Escepticismo, Pirrón

Para Pirrón el escéptico, el propósito de la filosofía es establecer un estado de igualdad perfecto consigo mismo, con independencia interior, con impasibilidad.

El ideal de vida escéptico era mantenerse en el mismo estado, no experimentar ninguna disposición ni cambio en sus disposiciones bajo la influencia de las cosas externas.

Epicureísmo, Epicuro

Epicuro encarnaba para sus discípulos el modelo del sabio; había máximas como «Haz todo como si Epicuro te mirara».

Epicuro ofrece una filosofía para aliviar al hombre del sufrimiento y erradicar en él el temor de los dioses y de la muerte, pero para ello tiene que ejercitarse por medio de una serie de métodos que él ofrecía. Uno de los mayores remedios contra la ansiedad es la reflexión; el jardín epicúreo estimulaba la reflexión.

Estoicismo

La elección de vida corresponde a lo dictado por Sócrates, según la cual para el hombre de bien no hay otro mal que el mal moral, y no hay más bien que el bien moral. Será moral, es decir, bueno o malo, lo que depende de nosotros. Lo único que depende de nosotros es nuestra intención moral, el sentido que le damos a los acontecimientos. Lo que no depende de nosotros corresponde al eslabonamiento necesario de las causas y los efectos, es decir, al destino, al curso de la naturaleza, a las acciones de los demás hombres.

Plotino

Plotino propone una vida filosófica como camino místico para llegar a la identificación con el verdadero yo. La transformación de uno mismo es el retorno a lo divino que hay en nosotros. La vida contemplativa implica una vida ascética. La ascesis estará destinada ante todo a impedir que la parte inferior del alma desvíe hacia sí la atención que debe dirigirse hacia el espíritu.

Nos detenemos ahora a considerar la siguiente figura, por el hecho de ser heredera de todas las tradiciones derivadas de los anteriores autores y filósofos, por ser mujer, española, por vivir el tiempo en que le tocó y por hacer lo que hizo como lo hizo.

Oliva Sabuco

Nacida en Alcaraz (Albacete), el 2 de diciembre de 1562, hija de Francisca Cózar y de

Miguel Sabuco, boticario y letrado, tomó apellidos literarios de dos madrinas, así que su obra, la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, salió en Madrid en 1587, «escrita y sacada a la luz» por doña Oliva Sabuco de Nantes y Barrera, y dedicada al rey Felipe II, con una deliciosa carta en que doña Oliva, desposada en 1580 con Acacio Buedo, se presenta como humilde sierva de su católica majestad, rogándole que, como caballero de alta prosapia, favorezca a las mujeres en sus aventuras.

Doña Oliva Sabuco, a través de *La nueva filosofía*, quiere ayudar a los hombres a conocerse a sí mismos, indagando y reflexionando sobre las causas naturales que hacen al hombre crecer y conservar la salud, o decrecer, enfermar y morir prematuramente. Para ello echa mano de Plinio, de Platón y de otros autores clásicos, a los que ensaya armonizar coherentemente con la patrística y la sabiduría bíblica.

La tesis central de esta obra, desarrollada a la manera socrática en diálogos sostenidos por pastores filósofos, es que el orden o el desorden afectivo de la mente produce efectos físicos beneficiosos o enfermedades. Afirma así una estrecha dependencia entre la mente y el cuerpo, entre el cerebro, o raíz del organismo, y sus miembros. El hombre es un microcosmos y un espejo de la complejidad del universo; no un dios, razón por la cual debe evitar la soberbia; ni un animal, motivo por el que debe aprender a controlar sus afectos.

Oliva adopta un criterio «moderno» (empírico y racional), de acuerdo al cual prescribe una terapia práctica para remediar los males que causan en el hombre los malos sentimientos. El hombre es el único ser que tiene «dolor entendido», espiritual, de lo presente, congoja de lo pasado y cuidado de lo porvenir.

El enojo o pesar es el principal enemigo de la naturaleza humana. Algunos de sus consejos prácticos: no menospreciar al enemigo (el enojo), conociendo su poder; no



descuidarse, estando prevenido, pues hiere con más dificultad el dardo que se ve venir, «palabras de buen entendimiento y razones del alma», lo que actualmente llamaríamos «racionalización psicoterapéutica de los problemas afectivos».

Aceptar las adversidades de la vida con buen ánimo y saber sacar bien del mal, «palabras de un buen amigo»... La mejor medicina de todas —escribe— está olvidada: comunicarse con palabras. A la buena conversación (eutrapelia) da doña Oliva una considerable importancia para buscar la felicidad. Igual que al ejercicio al aire libre, donde se oiga el movimiento de los árboles y el murmullo del agua, pues «vemos a los ejercitados en el campo vivir más tiempo y más sanos que los encharcados en las plazas».

Para recuperar la alegría, nada tan indicado como la música (la cosa más amable y que más excita el amor al hombre fuera del hombre), más la imaginación de contenidos posibles y el disfrute de placeres razonables; mejor el dormir bien en cama dura que mal en blanda, y el poco regalo que el mucho, y el trabajar que el holgar.

Como ejemplos de cuanto afirma y aconseja, doña Oliva echa mano de antiguas fábulas, dignas de cualquier cuento, fábulas de las que hoy se utilizan tanto en el mercado de la autoayuda.

Tanto como la melancolía, hacen daño al hombre los falsos temores, la ira, la tristeza que seca el cerebro poco a poco, como la envidia, o los deseos desordenados; porque gozar lo amado da salud, pero también mata el perder lo que se ama o la ambición de cosas imposibles.

En nuestros días, Luis Cencillo, psicólogo y psicoterapeuta, autor del libro *Cómo Platón se vuelve terapeuta*, en una línea muy del gusto de los asesores y las asociaciones de asesoramiento filosófico, ofrece la siguiente definición de filosofía: «aquel tipo de reflexión rigurosa que trata de clarificar el estatuto específico de cada tipo y modo de ser y de existir; las relaciones universales de las realidades entre sí y las de cada parte con el todo; y en consecuencia, el sentido total que cada entidad —y en especial el ser humano —o región de ser tiene (por relación con todas las demás).

Epílogo

Recurramos entonces a la filosofía, o amor por la sabiduría, como búsqueda del verdadero conocimiento de la realidad. Pero ¿cómo nos puede ayudar la filosofía a buscar las claves de la vida si ella misma, en la actualidad, es académica, abstracta y en la mayoría de los casos está desconectada de las circunstancias cotidianas que nos rodean? Nos causaría risa si nos lo propusieran así sin más.

En la época clásica, la filosofía era otra cosa distinta. Su fin no era hacernos solo letrados, doctos y eruditos en muchos terrenos del saber como ocurre hoy día, sino más bien el descubrir el sentido de todo lo que vive, el constatar hacia dónde gira la rueda de la vida y porqué. Saber por qué nos hallamos en este mundo y qué destino nos espera, qué hay después de la muerte, si existe algo más, si existe realmente Dios o esa Mente Cósmica como algunos la llaman y qué relación tenemos con ella. Si existe un plan de evolución para todo lo manifestado, como algunos afirman, y qué tenemos que hacer para seguirlo, etc. Infinitas preguntas para quien descubre la completa ignorancia en

la que nos hallamos sumidos. La filosofía nos ofrece una puerta hacia el conocimiento. Recordemos la máxima socrática extraída del templo de Delfos: «Hombre, concóete a ti mismo, y conocerás la naturaleza y a los dioses».

Desde hace muchos años Nueva Acrópolis busca hacer realidad esa «nueva» forma de vivir la filosofía, que es la más antigua que se conoce, tratando de hacer accesible y útil para cualquier persona estos conocimientos, no solo a través del estudio comparativo de las diferentes corrientes filosóficas, religiosas y culturales de la historia, sino insistiendo en la necesaria puesta en práctica en la vida diaria de estas valiosas enseñanza, acercando la sabiduría a una sociedad que cada día acusa con más fuerza una pérdida total de valores internos.

«La filosofía nos ayuda a conocernos a nosotros mismos. Conocernos a nosotros mismos no significa tan solo buscar aspectos intelectuales, un desarrollo racional, unos conocimientos científicos particulares. Conocerse a sí mismo es también conocer cómo somos y cómo actuamos diariamente. Cuáles son las cosas que más nos duelen, cuáles las que más nos satisfacen, y cuáles las dificultades en las que tropezamos. Por lo tanto, la filosofía nos ofrece unas herramientas muy prácticas de autoconocimiento y, por consiguiente, capaces de resolver problemas que nos vamos a encontrar a diario (...). La filosofía es también una llave para estos aspectos cotidianos. Es la posibilidad de sentir que nosotros mismos tenemos en nuestro interior las respuestas para resolver todas estas problemáticas (...). La Filosofía abarca absolutamente todas las actividades humanas. Este amor por el conocimiento, esta búsqueda por las raíces de cuantas cosas han sido hechas por el ser humano, no puede dejar de lado ni la cultura ni cualquier otro aspecto propio de la humanidad» (Delia Steinberg).

«Nueva Acrópolis se dirige a todos porque se dirige al ser humano, a su aspecto más elevado; todos los seres humanos tienen una acrópolis interior. Algunos son conscientes





de que la tienen, otros ignoran su propia arquitectura interior. Pero de todas formas, hay que dirigirse a todos porque todos tienen un templo interior. No solo interesa a los que son conscientes de ello, sino también a aquellos que, estando semidormidos, escuchan, sin embargo, algo que produce una cierta añoranza en el alma» (Jorge Ángel Livraga).

«La prioridad fundamental de Nueva Acrópolis es la formación humana. Una formación que sirva para toda la vida, que no sea tan solo un aprendizaje racional de cosas que hoy podemos recordar y mañana vamos a olvidar, sino más bien una formación que ayude a vivir. Podríamos decir, en este sentido, que la filosofía es una escuela de vida» (Delia Steinberg).

Bibliografía

- «Epicuro, gnoseología y antropología», Elena Diez de la Cortina Montemayor.
Doña Oliva Sabuco de Nantes. Estudio y antología de Florentino M. Torner. Aguilar, Madrid, Biblioteca de la Cultura Española.
- Gustavo Bueno, *¿Qué es la filosofía?*, Pentalfa Ediciones, Oviedo 1995.
- Gustavo Bueno, *El sentido de la vida*, Pentalfa Ediciones, Oviedo 1996
- Lou Marinoff. *Más Platón y menos Prozac*. Ed. B. Barcelona, 2000.
- Luis Cencillo. *Cómo Platón se vuelve terapeuta*. Syntagma Ediciones, Madrid, 2002.
- Luis Cencillo, «Conocimiento, realidad, salud. Condiciones de eficacia de la filosofía práctica», Revista E.T.O.R
- Mónica Cavallé. *La filosofía maestra de vida*. Santillana Ediciones Generales, Madrid, 2005.
- Mónica Cavallé. *La sabiduría recobrada. Filosofía como terapia*. Oberon, Madrid, 2002.



ALMA MAHLER, desconocida e inspiradora

Ana García Casals

«No es lo principal saber de dónde viene lo hermoso de la vida. Se trata solo de captarlo, sentirlo y transmitirlo a alguien» (Alma Mahler).

Alma es la vienesa más bella de su tiempo. Alta, de ojos claros y rasgos perfectos. Reunía los atributos que la moda del momento marcaba para una mujer, aunque, seguramente, su máximo atractivo radicaba en su excepcional inteligencia, en su original personalidad, en su distinguida coquetería arbitrada por un espíritu cultivado y una amplia cultura.

Tal vez el rasgo definitorio de su personalidad controvertida es el de saber rodearse de los talentos más significativos de su época y contarles como amigos. En su diario, y con plena conciencia de ser una «coleccionadora» de ellos, escribe: «¿Qué sabéis de mi dicha suprema? Con garras de acero voy haciendo mi nido robado. Cada genio no es para mí más que la paja que me hace falta... un poco de botín para hacer mi nido».

Era el fin de una época, y la decadencia del Imperio austro-húngaro vino acompañada por una efervescencia intelectual y artística. Vienaapuraba feliz los últimos días de gloria en los salones literarios, y en los concurridos cafés se discutían todos los temas filosóficos, se coqueteaba, se conspiraba, se creaba. En ese momento, surgió la importante escuela filosófica conocida como el Círculo de Viena. Allí, Kafka revolucionó la literatura y Freud introdujo el inconsciente. La vida ardía en aquella Viena intensa. Era además una vida alocada y hedonista, en la que las mujeres ocupaban un lugar especial. En la Europa del momento, la vienesa era vista como la encarnación de la mujer sugestiva para el varón, atractiva, sensual, peligrosa para el hombre, ardiente y al mismo tiempo incomprensible.

Así vivió Alma, rodeada de hombres brillantes, cobijada por el arte, la música, la filosofía, la literatura... En ese ambiente, fue la reina indiscutible. Al mismo tiempo, fue

una sierva sumisa a su especial destino de alimentar la imaginación creativa de aquellos hombres que la vida colocó en su camino, cosa que hizo volcándose con pasión en cada uno de ellos. Por esta dedicación pagaría el altísimo precio de renunciar a su obra. Porque Alma era una artista.

A los nueve años comenzó a escribir música, y a los veinte ya tenía un centenar de piezas escritas. Era una magnífica pianista y poseía una sensibilidad excepcional. Su carrera era prometedora, a pesar de que en ese momento, el talento en una mujer hermosa era casi una extravagancia.

Todo lo abandonó Alma por el compositor Gustav Mahler, su primer marido, en cuya vida y obra la presencia de Alma fue esencial. Para ella fue su gran renuncia, y no la podemos entender si no es remontándonos a la devoción que Alma sentía por su padre, a quien idolatraba, que la introdujo en el mundo de los valores artísticos y a quien perdió a los trece años. Entonces Alma sintió tambalearse el eje de su vida y, mitificando a su padre, mitificó al hombre. Fue su modelo. A partir de ahí, para enamorarse necesitaba entusiasmarse con la perfección del hombre a través de sus obras. Y a sus elegidos les otorgaba la condición de sentirse perfectos.

Su pareja, al verse reflejado como un dios en los ojos de una mujer que era bella, inteligente, sensitiva, magnífica... se sabía superior. En este ínterin y mientras, poco a poco, llegaba la realidad de la carga humana de imperfecciones que iba conduciendo a Alma al desapasionamiento, el artista había llegado a su éxtasis y había producido su obra.

Alma se enamoró de Gustav Mahler, quien le doblaba la edad. Ella tenía veintiún años. Él era director de la Ópera de Viena y centro de atención y gloria social. Un combinado perfecto para despertar el apasionamiento de Alma. Ella es consciente y también lo es del alto precio que habría de pagar cuando escribe: «Gustav me exigió por carta que abandonase inmediatamente mi música, que tenía que vivir solo para la suya. Me pasé toda la noche caminando de acá para allá en mi habitación. Es admirable que uno se imponga el ascetismo. Pero, así, impuesto por Mahler, me irritaba hasta el borde de lo tolerable».

«Una cosa es cierta y es que tú tienes que convertirte en lo que yo necesito, si es que vamos a ser felices juntos, es decir, mi mujer y no mi colega ¿Sería tan trascendental renunciar a tu música por completo a cambio de poseerme y ser mía?».

«Se me paró el corazón. ¿Renunciar a mi música, que hasta ahora ha sido mi vida? Mi primer pensamiento fue romper con él. Mamá y yo estuvimos hablando hasta muy entrada la noche... yo estaba desconcertada. Me obligué a dormir profundamente y, cuando volví a leer la carta, me invadió un sentimiento embriagador y decidí... vivir solo para él». Alma hizo un pacto heroico: su anulación como artista. Y se casó con Mahler.

Diez años en los que Alma se queja: «...aquellos años míos sin trabajos, el abandono de mi introspección y la pérdida de todos mis antiguos amigos por los celos de Mahler». «No debes desear nada más que mi amor», le decía. «Eran cosas casi insoportables para mí; pero podría soportarlo mejor si Mahler me diera algo más de amor visible o palpable».

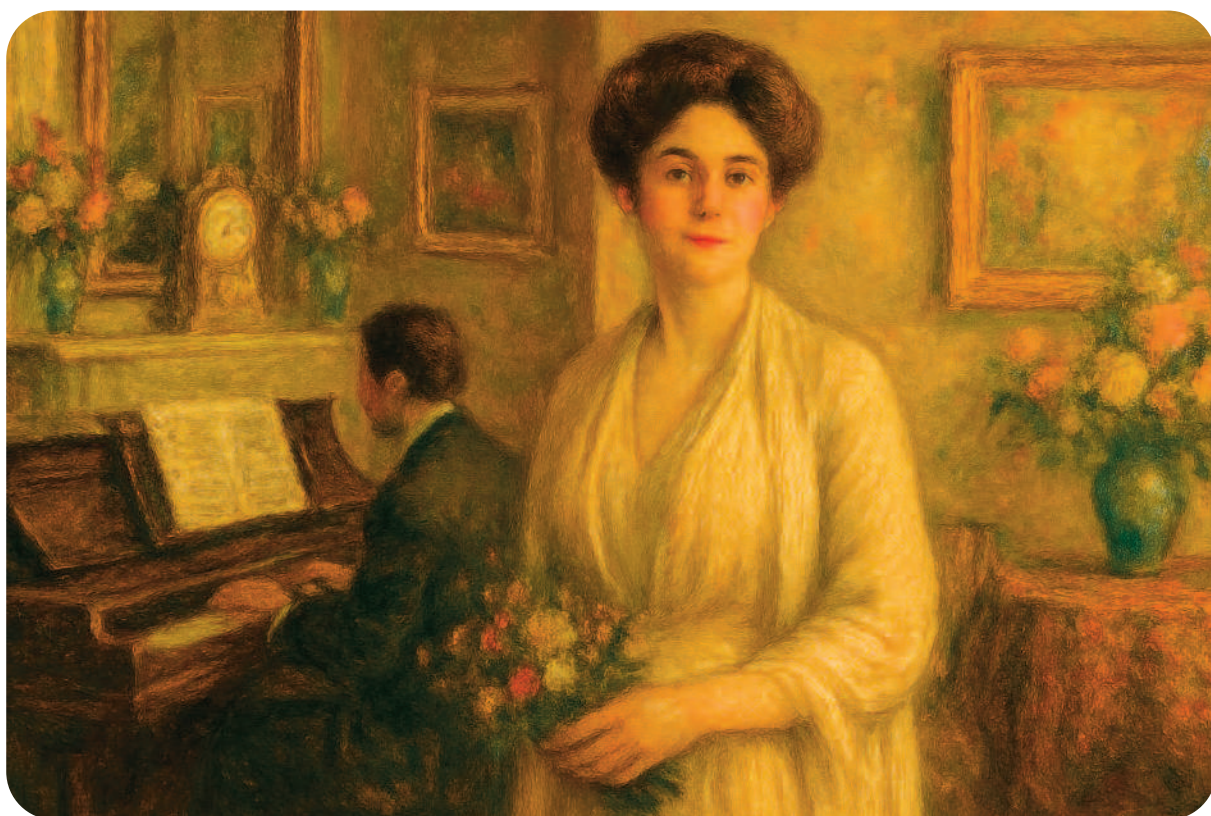
Alma sentía que Mahler no prestaba suficiente atención a los sacrificios que ella había hecho por él. Se queja de que, mientras Mahler, en 1904, podía poseer ropa del mejor sastre y zapatos del mejor zapatero inglés, ella llevaba el mismo vestido durante seis años; pero es su desinterés por las composiciones musicales de Alma lo que más la humilla. Cuando ella le pide un poco de atención, que la escuche tocar alguna de sus piezas, él le replica que... «tus sueños dependen exclusivamente de ti».

«¡Dios mío! —escribe Alma en su diario—. ¡Cómo puede ser tan despiadado! ¡Cómo puede nadie burlarse de ese modo de los sentimientos más hondos de otra persona! Siento mucha amargura».

Alma, agotada por la intensa vida social y deprimida emocionalmente, marcha a un balneario entre montañas en donde conoce al joven Walter Gropius, que le brindará el amor que Mahler no supo o no quiso darle, porque era aburrido y orgulloso. Y solo cuando al final de su vida se encuentra enfermo, reconoce el talento de su esposa y descubre a la artista y a la mujer. Anhela su amor, pero ya es tarde, Alma está rendidamente enamorada del arquitecto Gropius. «Me siento inerme», dirá conmovida.

«¡Dios me conserve el amor!». No obstante, cuidará solícita a Mahler durante seis meses hasta su muerte.

Al enviudar, Alma tiene treinta y un años. Ha aprendido una dura lección y nunca volverá a permitir que un hombre mande en ella tanto como mandó su primer marido. Ni Gropius, el más respetuoso y generoso de los hombres, ni Kokoschka, pintor impresionista con quien vivió su historia de amor más tórrida, ni Fran Werfel, escritor de fama diez años más joven, amable e inmaduro, a quien ella cuidó durante treinta años, ejercerán una influencia absoluta sobre su persona.



Es desconcertante que esta mujer haya sido tildada de frívola, cuando estos son todos los amores que se le conocen en su vida y de los cuales con tres estuvo casada y les fue totalmente fiel mientras duró su relación. Lo que es evidente es la intransigencia de la mujer burguesa de la época y la dureza con que enjuiciaban a las otras mujeres, y más si en estas despuntaban los signos de independencia psicológica y espiritual. De estas acerbos críticas no se pudo librar una personalidad tan contradictoria como la de Alma Mahler.

«Es increíble lo que llega a ser el hombre mediante el sufrimiento, e impresionante cómo la trivialidad lo convierte en nada». Así se expresa Alma cuando la vida le pasa la terrible factura del dolor.

Ha tenido cuatro partos, todos difíciles, y ha ido viendo morir primero a su pequeña María Mahler, de cinco años, aquejada de difteria y teniéndole que hacer una traqueotomía de urgencia y sin anestesia; después, al pequeño Francisco José, de once meses, su cariñito, por una terrible encefalitis. Pero es Manón —«la hija que tuve con Gropius, la criatura más hermosa que uno puede imaginar en todos los sentidos, porque en ella se encierran todas nuestras buenas cualidades. Cariñosa como un ángel y con un poder de expresión y una vitalidad como no he visto nunca. Solo el equilibrio puede producir semejante maravilla»— quien le va a acarrear el más lacerante de los dolores.

En abril de 1934, cuando Manón cuenta dieciséis años, en una estancia en Venecia, comienza a sentir asco por la comida que comparte con Alma y Werfel en el restaurante. Dice Alma:

Sentí un escalofrío y un mal presentimiento. Manón nos acompañaba esbelta y distinguida, pero me ocultó que había tomado cuatro aspirinas de una vez porque le dolía la cabeza. Ella me suplicó que la dejara quedar unos días más en Venecia, luego se reuniría con nosotros en Viena. Nos acompañó a la estación. Me hizo una última señal de despedida con su mano, itan bonita y airosa! Fue la última vez que vi sana a Manón. Lo que menos sabíamos es que ya estaba enferma de muerte.

Mi doncella nos esperaba al llegar a casa. Nos comunicó que había telefonado desde Venecia avisando de que Manón no estaba bien. ¡Tenía dolor de cabeza! Corrimos desesperados. Había que hacer una punción lumbar. Yo estaba angustiada, era para mí insufrible e iba de un lado a otro de la habitación como una loca.

Dos días después se produjo la paralización de las piernas, y en pocos días tenía paralizado todo el cuerpo. Ocho días después se presentó la parálisis respiratoria. Se ahogaba y yo me moría de asfixia, pero gracias a la enérgica actividad de mi hija Anna Mahler que, a pesar de que llovía a cántaros, rebuscó hasta en la más alejada farmacia para conseguirle un aparato de oxígeno, se pudo evitar que Manón muriese entonces. Más tarde, un poco repuesta, nos decía «¡No tenía ni idea de lo mucho que me queréis!». Todos teníamos los ojos brillantes de lágrimas.

Permaneció postrada un año en el que tuvo una insólita maduración y una serenidad que a todos nos ayudó tanto.

«Mami, tú saldrás adelante como has hecho siempre», fueron sus últimas palabras. «Hoy me han arrebatado a mi niña preciosa».

Este es el golpe más terrible que ha recibido Alma y del que no se repondrá en su vida. «Nada me detiene ya. Quisiera irme de este mundo, pero me falta ese último valor que se necesita para poner fin a todo. He quedado convertida en una mendiga». Ella sabe por qué lo dice.

Durante los últimos treinta años, Alma se ha venido bebiendo una botella diaria de licor Benedictine. Había empezado a beber durante su frustrante matrimonio con Mahler, cuando llora por la adustez, el egocentrismo y, al parecer, la impotencia de su marido y por el vacío de su vida sin su música; lo que no fue obstáculo para que llegara a los ochenta y cinco años.

También el mundo de Alma estaba enfermo de muerte. Vivió los últimos tiempos gloriosos de la Viena floreciente, y ahora le tocaba vivir otros muy duros: el infierno del nazismo.

Alma creyó, como muchos burgueses del momento, en la bondad del proyecto de Mussolini, pero cuando el terror de Hitler se extendió por Europa, ella unió valientemente su destino al de su marido, el novelista Franz Werfel, con quien se casó a los cincuenta años, de ideas bolcheviques y caído en el descrédito. Hubo de huir por toda Francia de ciudad en ciudad, ocupando por caridad los lugares más lóbregos, durmiendo en cuartuchos inmundos sobre mugrientos camastros, comiendo pan duro como único y escaso alimento, sin agua y sin luz muchas veces, siendo estafados en la necesidad sin dinero y con el miedo de ser alcanzados en cada momento por la invasión alemana, que iba tomando posesión de cada ciudad unas horas después de llegar ellos.

Con la última reserva de dinero, consiguen el visado para América. Alma siente la dicha inmensa de la libertad y el deseo irrefrenable de besar el suelo americano una vez ha desembarcado. Su hija Anna está a salvo con su marido en Inglaterra, y Alma se dedicará a cuidar a Franz Werfel, cuyo corazón está tan cansado que el médico no sabe ya qué hacer.

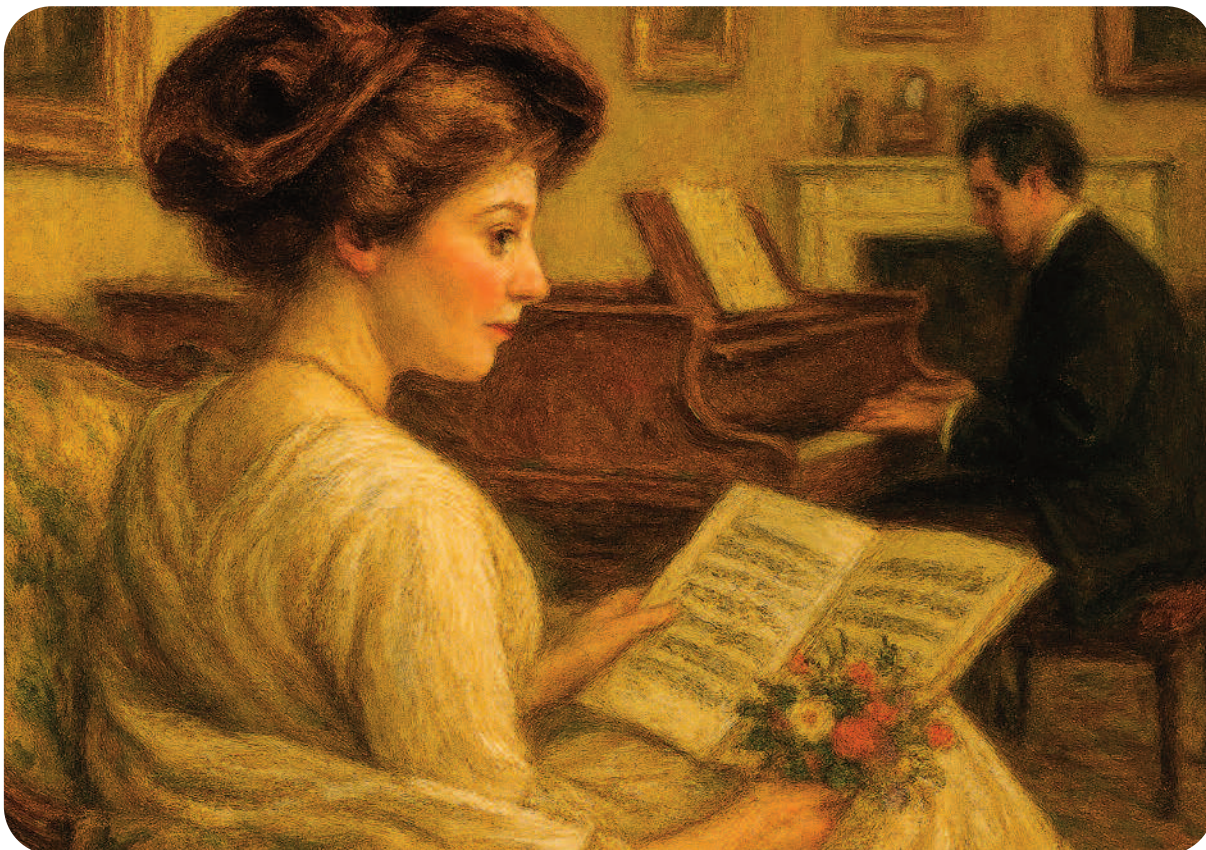
«Que Dios me conserve la vida de mi querido Franz. Vivo solo dedicada a ayudarle a recuperar un poco la maltrecha energía. Está trabajando ahora con entusiasmo e intensidad y eso vale más para mí que todos los bienes de este mundo».

Esa es la misión que Alma toma sobre sí. Consagrará su vida a aquellos hombres en quienes reconocía la genialidad y en los que sabe alimentar la imaginación creativa.

Alma tiene un miedo desesperado de perder a Franz, pero en un domingo de agosto, suavemente, se aleja definitivamente.

Con los hombres de su vida, Alma fue magnífica. Era esposa y amante, se ocupaba admirablemente de la economía doméstica, organizaba con primor hasta los pequeños detalles de la vida diaria, era la colaboradora eficazísima de sus amados, como lo fue con Mahler, a quien copiaba e instrumentaba su música, y sobre todo, hacía que el artista diera lo mejor de sí mismo por la fuerza que ella le transmitía. «Tú restituyes la vida a los inútiles», le dice Kokoschka.

Dolorosamente, Alma había exclamado: «Con harta frecuencia el matrimonio desplaza en la mujer su propio yo de un modo extraño».



Lástima que el entorno le fue hostil; de haber existido ahora, su carrera musical habría sido brillante y, tal vez, ella un poco más feliz. No obstante, supo asirse con fuerza a la vida y vivió con gran intensidad superando sus muchos sufrimientos.

«He tenido una vida hermosa. Cualquiera persona puede hacerlo todo, pero tiene que estar también dispuesta a todo. Para conquistar la libertad hay que ser también libre por dentro, y eso es lo difícil».

No todo el mundo puede enfrentarse a un reto así. Alma supo derribar muchas fronteras, llevó a cabo un modelo de vida notable, jalonada de contradicciones, que la llevaron a tener que soportar crueles e injustas críticas, al tiempo que despertaba la más profunda admiración por ser capaz de encender con su vitalidad un mundo de colores. Eso la hace tan fascinante.

Si quisiéramos simplificar las etapas de su vida, podríamos decir que como niña, como amante y como madre tuvo siempre una realización inequívocamente femenina, revelándose siempre como una mujer espléndida. Fue esencial en la vida de Gustav Mahler, la musa inspiradora en las obras de Kokoschka, Franz Werfel nunca hubiera podido escribir su más grande obra épica sin los solícitos cuidados y, sobre todo, sin la atmósfera de acogimiento, fe y esperanza en la vida que Alma irradió siempre a su alrededor.

Pensar en Alma Mahler es hacerlo en una mujer con una vida de sombras pero sin límites, que amó la libertad hasta la extravagancia; conoció el amor apasionado y el óxido del desamor, rozó el cielo del éxito y se abismó en el dolor más lacerante. Tuvo un mundo interno tan envidiablemente lleno de matices que hacen de Alma una mujer egregia.

LAS SEMILLAS Y LA FLECHA: una historia sobre el lenguaje



Alejandra Arias Mesén

Todos los seres vivos tenemos la capacidad de comunicarnos. Es lo que tiene vivir con otros: nos fuerza a interactuar. Algunos zoólogos dedican su vida a analizar la especial comunicación de los cetáceos, donde el silencio telepático de las ballenas es casi tan impactante como el misterioso canto de los cachalotes. Actualmente, a la comunicación de los perritos de la pradera se le da la categoría de *lenguaje* porque el tono de los sonidos de alarma incluye sustantivos y verbos. Todos los perritos entienden si el depredador que asusta es un águila y si esta se encuentra cerca o lejos. El simio Coco, que aprendió la lengua de signos, bromeaba y decía mentiras, bautizaba a sus gatitos y hasta dedicó su vida, antes de su muerte, a transmitirnos mensajes sobre ecología. Los árboles utilizan mensajes táctiles y químicos. Las bacterias y los virus se comunican entre sí mediante señales tanto químicas como eléctricas (mediante iones).

Si hay transmisión y existe comprensión, está claro que estamos frente a códigos de lenguaje, aunque estos sean muy distintos a los que nosotros utilizamos. El ADN, por ejemplo, utiliza un código de tripletes a partir de un idioma que recombina cuatro bases nitrogenadas (adenina, citosina, guanina y timina), un código ternario superavanzado que somos capaces de interpretar y leer en lo básico. Sabemos leerlo, pero desconocemos sus reglas *gramaticales* verdaderas.

Sin embargo, un lenguaje como el nuestro, el humano; incluye la ironía, la elegancia, la comedia y juegos de palabras. Aquí podría sorprendernos que el triplete de lectura de inicio de una secuencia genética siempre es un conjunto de letras que casualmente se lee AUG. Es curioso que *aug* resulta ser la raíz indoeuropea para ‘crecer y aumentar’, igual nos recuerda que todo inicio duele. Nuestro lenguaje humano es travieso, tranquiliza, trampea, incita, seduce, atrapa, repele, enoja, lastima y cura. Su musicalidad crea imágenes que podemos reproducir en nuestra cabeza y en nuestro corazón. Las

palabras son poderosas; son armas, herramientas y también cajas de sueños. Otra característica fascinante que tienen las palabras es que las podemos escribir. Esto añade una magia mayor, pues podemos transmitir mensajes a través del tiempo, eternizar ideas aquí en la Tierra —tal como dicen los antiguos—, que son también eternas en los mundos celestes...

Pero ¿quién nos enseñó a escribir?

Muchas culturas antiguas hablan de una misteriosa mujer.

La diosa sumeria de la escritura, Nidaba, originalmente en realidad lo era del grano. Su símbolo es una espiga que posteriormente derivará en la caña de escritura cuneiforme. El rey Gudea la representa sosteniendo un estilete de oro y estudiando una tablilla de arcilla en que se representa el cielo, por lo que su relación con la egipcia Sheshat «la señora de los libros» es evidente. En su tierra, Sheshat también es diosa de la escritura, la contabilidad y la historia. Posteriormente, ambas diosas se asociarán también a la construcción y la arquitectura; y es que construir un bello edificio, sin duda, es algo que también se puede lograr con las palabras.

Para los incas, la guerrera Mama-Huaco, hermana-esposa del primer rey legendario, introdujo el maíz (creado por la diosa Mama-Sara) y enseñó a plantarlo.

Es curiosa esa vieja relación entre las letras y las semillas. Ambas son pequeñas, hay que tener un ojo fino para escogerlas con cuidado y separar aquellas que no son adecuadas, hay que conocer sus reglas si queremos «evitar problemas» terribles. Las letras se colocan sobre los surcos de un papel y van cobrando sonido, formando palabras, creando ideas: el texto es una tierra cultivada. Cuando las sacamos del papel y las integramos, las ideas dentro de nosotros nos alimentan o nos indigestan. Si ocurre que son nutritivas, florecen y perfuman; dan frutos, frutos que a su vez producen otras y nuevas semillas.

Para los antiguos griegos, también las palabras eran semillas; de hecho, la educación estaba relacionada con una forma de agricultura (todavía hoy usamos el jardín de niños como puerta a la escolarización de los más pequeños).

En el libro chino *Rectificar los nombres*, se afirma que los antiguos reyes fueron sabios. Ellos nos legaron los nombres de las cosas, de todo lo que existe. Esta claridad era indispensable para que los distintos pueblos pudieran comprenderse y comunicarse. Las palabras correctas son importantes porque «un error en la enumeración (*clasificación*) provoca un mal negocio, un error en el discurso provoca una mala inferencia y la desgracia en la comunicación; un error en el rito provoca la sequía y la hambruna; un uso incorrecto de los nombres provoca el caos, la violencia y la desigualdad social». La palabra china *Shu*, ‘enumerar-clasificar’, es un arte que permite re-educar a la humanidad, su hanzi (数), curiosamente, está compuesto por el símbolo de arroz (otra vez una semilla) sobre el signo de un hombre que golpea (trabaja, se esfuerza) seguido del signo de una mujer.

Enumerar no es simplemente contar, sino que está relacionado con el discernimiento, la inteligencia y la forma correcta de hacer o nombrar las cosas; fracasar en ello representa el caos, un caos social y moral que implica «la muerte y la devastación».

Hoy, que los reyes sabios han muerto, ¿qué nos queda? Los chinos dirían que la capacidad de la mente-corazón (心) de reconocer y alinearse con el Dao (el recto Camino de la Ley). Solo a partir de ahí es como los pensamientos pueden ser rectos; entonces posteriormente lo será el discurso, y seguido a esto lo serán las acciones. Los nombres que usamos para designar las cosas volverán a ser verdaderos, correctos, «con sustancia» y de nuevo habrá comprensión y sentido entre los seres humanos. Todo recobrará su significado. Nos dicen los antiguos que lo que nos permite recuperar el camino es la mente-corazón, y ella está relacionada con las facultades superiores del ser humano: voluntad, imaginación, capacidad superior de amar, la búsqueda de unión, la inteligencia que logra sabiduría, la intuición.

El camino a la sabiduría

La palabra para *opinión* en griego, *doxa*, nos remonta a una flecha lanzada al aire. Sin duda, podemos elegir lanzar flechas en todas direcciones por diversión, pero sería un desperdicio si consideramos que esa flecha puede ser una herramienta útil: tiene la capacidad de encontrar la sabiduría, de acercarse a la verdad. Tiene la posibilidad de dar en el blanco. Nos podemos imaginar la *doxa*, más bien, como una flecha con anzuelo: se clava para alcanzar algo y, posteriormente, nos permite acercarnos, tomarlo. La palabra *doxomanía*, por ejemplo, ilustra una adicción a tomar, pensamientos y opiniones. Se es adicto al qué dirán.

En chino, la palabra *sabiduría* se escribe 智 (zhí), los dos primeros signos; la flecha, o dardo, y la boca, 知, representan por sí mismos el conocimiento. Una flecha que penetra en lo profundo, porque la boca no solamente es *lo que se habla*, sino que remite a todas las aberturas, todas las puertas, lo interno —como la caverna— (esto nos recuerda que la palabra griega *antropos* significa ‘el que puede ir hacia dentro’).

Pero el hanzi de sabiduría incluye al Sol (日), una experiencia diaria, luminosa, brillante, nutricia y caliente. El Sol es el centro del universo y su hanzi primitivo se representa como ☉, el huevo, la semilla. Hablamos de sabiduría, entonces, cuando esa flecha logra el blanco, el único, el correcto, la Ley o la Verdad. Apuntaba al Sol y ha acertado. Si cada día pudiéramos encontrar las palabras mejores que resultaran luminosas sería —para un chino—, definitivamente, hablar con sabiduría.

Ni el trigo, ni el arroz, ni el maíz... son semillas normales. No solo son los cereales básicos: cada uno, sustento de la alimentación humana y animal en los distintos lugares del planeta; las gramíneas son pioneras en la colonización de los suelos. Antes de formarse un bosque, son estas hierbas las que preparan el terreno con sus raíces. Para crecer no son demasiado estrictas, forman asociaciones espontáneas con hongos que les ayudan a sobrevivir absorbiendo nutrientes y agua, y que también mejoran las características del suelo.

Estas semillas tienen el potencial de transformar el medio ambiente y de nutrir. ¿Por qué no utilizar de igual manera las palabras? Cuidar el elegirlas, encontrar la adecuada, no perder la oportunidad de decirla en el momento preciso. La comunicación es un regalo que tiene la capacidad de tender puentes entre los seres. Además de funcionales y fuertes, los puentes también pueden ser hermosos. Las buenas palabras están asociadas a la ética, al mejor comportamiento; las palabras hermosas, a la estética.



Seríamos capaces, entonces, de traer al mundo dos arquetipos perdidos: bondad y belleza en una sola frase. Además, a través de ellas, de la lectura y el diálogo, los filósofos antiguos nos dicen que seremos capaces de acercarnos a la verdad, y los poetas nos enseñan que podemos encontrar también la serenidad y expresar el amor. Los niños nos recuerdan que podemos seguir poniendo voz —incansable e inagotable— a las preguntas del alma.

Sin duda, este momento, en que la hipercomunicación nos saca del centro es una oportunidad como ninguna para ir hacia dentro y leer. Escuchar las palabras de esa mente-corazón, hacer un inventario de semillas interiores y empezar a sembrar.

Bibliografía

Rectificar los nombres, Xung Kuang. Ediciones Miraguano, 2019.

<https://www.worldhistory.org/trans/es/1-15618/nisaba/>

Páginas web

<https://etimologias.dechile.net/PIE/?dek>

<https://es.theepochtimes.com/news/zhi-caracter-chino-para-sabiduria-40389.html>

<https://es.theepochtimes.com/news/zhi-caracter-chino-para-sabiduria-40389.html>



El otoño de VIVALDI; ¿una alegoría musical?

José Carlos Fernández

Nadie duda de que una de las obras de música clásica más divulgada en el mundo entero son *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Se nos hace difícil creer que, con su excelsa genio, este autor estuviera a punto de ser tragado por la «caverna del olvido» si no fuera porque se redescubrieron a principios del siglo XX sus partituras.

Estos cuatro conciertos vienen acompañados de cuatro sonetos (uno para cada estación) explicando las escenas que van a ser musicadas, en uno de los primeros ejemplos conocidos de música programática, la que anticipa, ¡y de qué manera!, las bandas sonoras de los filmes, sin los cuales estos llegarían fríos, carentes de emoción al público. ¿Habría imaginado Wagner el uso portentoso de sus *leitmotivs* un siglo después de su muerte y hasta ahora?

La descripción de qué sucede en cada momento llega a ser pormenorizada en la partitura, y acompañar las escenas así es un raro deleite estético e imaginativo.

Estos mismos conciertos fueron, además, compuestos en el mismo otoño de la vida de Vivaldi, y quiero aún imaginar que lo que sucede en cada estación del año es, asimismo, una alegoría de lo que sucede en la estación de la vida. Seguimos la ya antigua alegoría en el discurso de Pericles: «La primavera es la juventud del año; y la juventud es la primavera de la vida». Cuesta creer que, dada la natural tendencia mística de Vivaldi y la casi obsesión del Barroco de convertir todo en metáfora (con el auge de los libros de emblemas y el impulso de divulgación dado a los *Jeroglíficos* de Horapolo), no sean estas escenas líricas y musicales naturales metáforas de las vicisitudes, procesos y pruebas de la vida, en sus diferentes estaciones. Y si no lo son, por el natural vínculo armónico entre la parte y el todo, sí podemos imaginar sus semejanzas.

Aquí se nos hace necesario traer al presente una antigua enseñanza de H. P. Blavatsky (1831-1891) con respecto a la puerta que abre el otoño y al mismo arquetipo de Libra,

que es la Balanza del Año, según escribe en su obra prodigiosa *Isis sin velo*. La cita es larga pero bien merece la pena:

Libra y sus personificaciones son la balanza de universal armonía, justicia y equilibrio, colocada en el punto céntrico del Zodíaco. El círculo máximo de los cielos, tan bien descrito por Platón en su *Timeo*, simboliza la desconocida Unidad, y los círculos mínimos que se entrecruzan por su división en el plano del Zodíaco simbolizan la vida en el punto de intersección. Las fuerzas centrípeta y centrífuga representan el bien y el mal, el espíritu y la materia, la vida y la muerte, la creación y la destrucción. Son estas fuerzas las dos potestades que, tanto en los mundos objetivos como en los subjetivos, mantienen por medio de perenne conflicto la ponderación entre el espíritu y la materia. Ambas fuerzas determinan como resultante la línea orbital de los planetas, que atraviesa en cruz la faja zodiacal. Si prevaleciese la fuerza centrípeta, caerían los planetas en el sol; y si, por el contrario, prevaleciese la centrífuga, se alejarían indefinidamente de su centro para caer en el caos de la destrucción cósmica. De la propia suerte, los espíritus vivientes de los hombres se confundirían centrípetamente con el invisible sol espiritual, el Paramâtma, su padre, mientras que en el caso contrario se alejarían centrífugamente del universo objetivo para caer en la aniquilación. Pero la balanza, Libra, con su finísimo fiel, permanece en el punto de intersección, siempre atenta a ponderar la actividad de ambos combatientes, cuyas contrarias fuerzas dan por resultante la paralelográmica diagonal que planetas y espíritus humanos recorren a través del Zodíaco y de la vida, manteniendo de este modo, entre lo invisible y lo visible, entre cielos y tierra, la estricta armonía que reconcilia el espíritu con la materia.

Esto es lo que vemos, oímos y sentimos en *El otoño* de Vivaldi.



En su primer movimiento, en *allegro* y fa mayor y con la graciosa, estable y serena danza del 4/4, la celebración de la cosecha (la material y la kármica también), la embriaguez de la vida, del simple hecho de existir, en que el presente (equilibrado ahora entre el futuro y el pasado en su balanza de éxtasis), en lo alto de la montaña de la vida, y antes de mirar su triste descenso, nos embriaga con su luz, con su esplendor, con su «vino» (como la luz del sol se convierte en azúcares en la uva, la luz de la existencia se convierte en embriaguez del alma: con todos los frutos que da, bondadosos, y con todos los lazos de futura esclavitud que genera). Vivaldi recrea aun el paso tambaleante del borracho con las rápidas dobles corcheas y arpegios. ¿No está regida Libra por Venus, que es la belleza que embriaga el alma, la sensual que nos ata, la espiritual que le permite florecer y dar frutos al alma?

Y al final, nos sumergimos con la música en el sueño, con la dulzura inefable de su genio. En el segundo movimiento, *adagio molto* en 3/4 y en re menor. «La orquesta (violines y violas) utiliza una textura suave y continua, a menudo en notas largas y acordes, creando un fondo armónico. El violín solista toca una línea melódica muy lenta, dulce y lírica». Y vemos ahí el sueño de Marte después de sus amoríos con Venus, tal y como lo describe Botticelli en su famoso cuadro, o a los nuevos argonautas portugueses cantados por Camões tras sus proezas en la Isla del Amor, dejando huella inmortal de sus afanes y trabajos.

El tercer movimiento, *allegro*, de nuevo en fa mayor en 3/8, representa una caza. «El ritmo es rápido, ligero y agitado. Se escuchan frecuentes intervalos de quinta ascendentes y descendentes y repeticiones rápidas. Vivaldi introduce llamadas de trompa (generalmente tocadas por los violines) con figuras rítmicas cortas». Ahí van los cazadores tras la presa, «la fiera que huye», que imaginamos como un ciervo, el mismo que perseguía Acteón al entrar en el bosque sagrado de Diana, «y la fiera, herida, amenaza lánguidamente con huir, pero abrumada, atrapada, muere». Y es fácil preguntarse: ¿es una fiera de una escena ordinaria de caza?, ¿o es el alma del año, la savia vital, quien en la estación que se abre al invierno, muere, como las hojas secas que arrastran los vientos del otoño?, ¿o es el alma humana que, herida por la vida, cansada, abrumada por los oscuros horizontes que presiente en su otoño, desfallece?

En todo caso, su dramática persecución, la angustia y la muerte del animal son perfectamente diseñadas en la música de Vivaldi, y con ella termina *El otoño*:

Hacia el final, la música se vuelve más dramática, con acordes disonantes, y un súbito descenso cromático o un pasaje en fortissimo (muy fuerte) antes de una caída definitiva.

Y tal y como enseñaría el filósofo Jorge Ángel Livraga cuando decía que cae el cuerpo del ave, con el peso mismo de su muerte, pero que ella continúa aleteando en una nueva dimensión, más libre, quizás es lo que sentimos en la tristeza misma de estos últimos compases, de una exquisita dulzura. Abrir las puertas de lo invisible y seguir no es morir, solo nos es arrebatado lo que ya no es necesario... para renacer así de nuevo.

El ritmo solemne de la cacería, que parece el del karma mismo, nos despoja de lo inútil. Y si continuamos, en el concierto siguiente de Vivaldi, después del frío, el hielo y la nieve, al final, *Quest' é 'l verno, mà tal, che gioja apporte* (esto es el invierno, pero tal,



que alegría nos trae), pues la verdadera alegría es la interior, la del alma, más plena cuanto más desnuda de máscaras.

Además, los últimos compases de *El otoño* nos dicen claramente que, con la cabalgada de los cazadores, la vida continúa.



www.revistaesfinge.com